Clara Ann Simons

ANATOMÍA DE NOSOTRAS

Serie Seattle Emeralds



Anatomía de nosotras

Serie Seattle Emeralds libro 1

Clara Ann Simons

Anatomía de nosotras
Clara Ann Simons

Copyright © 2026 por Clara Ann Simons.
Registrado el 30/01/2026

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Me gustaría dar las gracias a Carmen Colorado Ferreiro por su paciencia con las correcciones. Sin ella el resultado no habría sido el mismo.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

CAPÍTULO 1

Zoe

El motor del coche lleva encendido quince minutos y no me atrevo a apagarlo.

Las diez de la mañana. En enero, el frío de Seattle se te mete hasta en los huesos y el día se ha levantado demasiado gris. Casi como un mal presagio.

Por el espejo retrovisor, observo a Wesley dormir plácidamente en su sillita, con la cabeza ladeada en un ángulo que debería ser muy incómodo, pero que quince madres diferentes me han jurado que es totalmente normal.

Doce meses sin pisar este lugar.

Mi cita con los servicios médicos del club es mañana. Técnicamente, ni siquiera debería estar aquí.

Pero necesito ver el edificio. Necesito recordar por qué hago esto cada día: los ejercicios de suelo pélvico que me hacen sentir como si mi cuerpo fuese un experimento fallido, luchar contra unos abdominales que se separaron para hacerle hueco a un pequeño ser humano, fingir ante el espejo que reconozco a la mujer que me devuelve la mirada.

Soñar con que mi puesto en el equipo me esté todavía esperando.

Hay pocos coches en el aparcamiento. Probablemente el cuerpo técnico, o alguna jugadora demasiado ansiosa por empezar la pretemporada.

Antes solía ser yo.

Antes llegaba la primera para dedicarme al menos treinta minutos extra en el gimnasio, para ser la jugadora más en forma del equipo.

Antes era una leyenda.

Era yo quien controlaba el ritmo de cada partido, la que veía pases que otras jugadoras ni siquiera procesaban. Campeona olímpica, campeona del mundo. Titular indiscutible en la selección nacional. Seis ligas. Mejor jugadora de la temporada regular en cuatro ocasiones.

Mierda.

Parece la prehistoria.

Ahora me cuesta hacer flexiones sin temblar como un flan.

Al apagar el motor, el silencio es inmediato, absoluto, roto tan solo por la respiración suave de Wesley. La razón por la que llevo un año entero sin jugar, por la que he visto la última temporada en la televisión escuchando a los comentaristas especular sobre si volvería alguna vez a pisar un campo de fútbol mientras mi puesto se lo daban a otra.

Dolió.

Cada partido que vi desde el sofá de mi casa. Cada vez que mencionaban mi nombre y ponían en duda mi futuro en el equipo, dolía como si me clavasen un jodido puñal.

Pero lo repetiría un millón de veces.

Cada vez que Wesley me sonríe, cada vez que le veo dormir, pienso que todo ha merecido la pena.

Al sacarlo del coche, el pequeño ni siquiera se entera de que ya no está en la sillita de seguridad y se acurruca contra mi cuello. Está enorme. A veces, me pregunto cuándo dejó de ser el pequeño bebé que dormía todo el día. Pronto empezará a caminar y con su carácter, me temo que será una pesadilla.

Entro en el vestuario por inercia. Nada ha cambiado. El mismo olor, todo igual. Al menos han conservado el número de mi camiseta. Iris Vance me ha dicho que mi sustituta lo había pedido en varias ocasiones.

—¿Zoe?

Mierda. Me quedo clavada en el sitio. Hades. La última persona con la que me quería encontrar.

—Entrenadora —saludo, fingiendo estar muy contenta de verla.

Realmente, esta mañana no he hablado con nadie excepto con Wesley, y creo que él no cuenta como conversación real.

—¿Ese es Wesley? —pregunta, acercándose al bebé y señalándole con el dedo.

—Sí, aquí está Wes —confirmo.

Juraría que algo parecido a una sonrisa se dibuja en sus labios, aunque pronto descarto la idea. Es Hades, al fin y al cabo, le han puesto ese apodo hace ya muchos años por algo.

—Se parece a ti. Tiene tu barbilla. Sabes que no tienes que venir hasta mañana, ¿verdad? Venga, vamos a la sala de descanso. Necesitas un café.

No es una pregunta. Diana Creed nunca hace preguntas, solo da órdenes y es mejor acatarlas sin discutir. Aunque sea una simple invitación a un café.

Camino tras ella por unos pasillos que conozco mejor que las calles de mi propio barrio, pasando por delante del gimnasio y la zona de los servicios médicos, donde me temo que pasaré un buen número de horas esta pretemporada entre revisiones y masajes.

Es al mismo tiempo como regresar a casa e invadir un territorio que ya no me pertenece.

La sala de descanso está vacía. Diana señala una silla con el dedo y empieza a preparar café sin preguntar cómo lo tomo, porque ya lo sabe de sobra. Siete años jugando para ella significan que sabe cómo tomo el café, cómo reacciono cuando estoy frustrada, qué tipo de charla motivacional necesito cuando me meto demasiado en mi cabeza. Lo sabe todo de mí.

—Mañana tienes la prueba médica —me recuerda mientras me pasa una taza. Expreso, dos de azúcar. Perfecto—. ¿Estás preparada?

—Si te soy sincera, no —prefiero ir con la verdad por delante. No me gustan las mentiras—. No tengo ni la más remota idea de si estoy preparada. Es como si me hubiese metido en el cuerpo de otra persona. Como si en vez de un año hubiesen pasado varios.

—Laura Dinaris tuvo mellizas —me recuerda—. A tu edad, más o menos. Todo el mundo decía que su carrera se había acabado

y no solo volvió, sino que jugó tres temporadas más.

—Laura era igual que un tanque, ni siquiera se lesionaba —le recuerdo—. No soy ella.

—No, no lo eres —admite mientras da un largo sorbo a su café, mirándome por encima del borde de la taza—. Eres mucho mejor que ella. Siempre lo fuiste. Quizá no tan dura, aunque superior. Pero Zoe, tienes que querer esto. No puedes regresar al campo solo porque sientes que debes hacerlo, o porque te aburres. Tampoco porque estás intentando demostrar algo a cierta gente que ya no debería importarte, como tu exmarido. Debes volver porque todavía amas este deporte, al menos más de lo que odias lo difícil que va a ser. Porque recuperar el mismo nivel que tenías antes va a ser un infierno, eso te lo garantizo.

Wesley se mueve en mi cuello, como si hubiese entendido sus palabras. Nos quedamos heladas, esperando el llanto que no llega. Tan solo un pequeño suspiro y se acurruca de nuevo.

—Mi contrato se acaba este año —le recuerdo—. Si no puedo demostrar que todavía soy capaz de jugar al nivel que tenía antes...

—Entonces no renovamos —me corta, encogiéndose de hombros. Hades no endulza las cosas. Nunca lo hace—. Mira, Zoe, no voy a mentirte. Sabes perfectamente que solo jugamos para ganar. Mi puesto depende de ello. Mi reputación como entrenadora depende de ello. Y vuestros salarios están por encima del resto de equipos. Llevas muchos años aquí, eres consciente de que los puestos se ganan. No voy a darte minutos por sentimentalismo, ni porque seas una leyenda. Necesito saber que vas a aportar más que

la jugadora que te está sustituyendo. Si no, pasarás la temporada en el banquillo.

Lo sé de sobra, pero eso no impide que casi me atragante con el café.

—Entendido —admito con un largo suspiro.

—¿De verdad? —insiste, inclinándose hacia delante—. Porque necesito que entiendas que el equipo ha cambiado en este último año. Jade Herrera lleva dos años esperando su oportunidad. La ha aprovechado. Es buena, Zoe. Muy buena. No va a hacerse a un lado solo porque vuelve la leyenda.

Jade Herrera. Veinticinco años, dos veces MVP de la liga universitaria, rápida como el viento y con hambre de triunfo. Me recuerda demasiado a mí a su edad y por eso duele más.

—Sé que no se hará a un lado —confieso.

—Bien —resopla, echándose hacia atrás en la silla—. Entonces, cuando pases tu revisión médica mañana...

—Si la paso —interrumpo.

—Cuando la pases —repite—, te iremos integrando poco a poco. Primero rehabilitación, luego entrenamiento parcial con el resto del equipo, y más tarde veremos dónde estás a lo largo de la pretemporada. Sin atajos. Sin excepciones porque antes eras la mejor. ¿Lo tienes claro?

—Cristalino.

Wesley elige ese momento para despertarse con un llanto que escala rápidamente de queja a exigencia.

—Debería irme —anuncio, tratando de calmarle—. Necesita comer y seguramente un cambio de pañal.

—Mañana a las nueve —me recuerda Hades—. Evaluación. La nueva jefa de servicios médicos se encargará de todo el protocolo de vuelta a la competición.

—¿Nueva jefa? ¿Ya no está Joe?

—No. ¿No te lo había comentado nadie? Tenemos algunos cambios esta temporada. Te irá bien con ella, es una de las mejores profesionales en medicina deportiva.

Mierda. Nueva jefa de servicios médicos. Otra persona que no me conoce, que puede que ni siquiera sepa de lo que era capaz en mi mejor estado de forma, que solo verá el cuerpo que tengo ahora y decidirá si es suficiente.

—Aquí estaré —le aseguro a modo de despedida.

***

El teléfono móvil vibra justo en el instante en que cierro la puerta del coche y ver el nombre de mi abogada en la pantalla me indica que no será nada bueno. Suele ser para escuchar algo que no quieres oír.

—Dime, Yvonne —contesto en lugar de un hola.

—Tu ex ha presentado una modificación al acuerdo de custodia —dice sin más.

—¿Qué has dicho?

—Dice que te has empeñado en seguir con tu carrera deportiva y que los continuos viajes asociados con tu trabajo te

incapacitan para proporcionar el entorno de crianza estable que necesita un bebé.

—Joder, Yvonne, di a luz a su hijo y aun así me odia —me quejo.

—Lo sé. Y eso vamos a argumentar entre otras cosas. Pero Zoe, esto no es solo él tratando de buscar venganza por el divorcio. Su nueva novia es una gilipollas. Es una de esas influencers de las redes sociales y necesita al bebé para dar la imagen de familia perfecta. Al menos durante unos días cada semana.

Nate. Mi exmarido. Una jodida pesadilla. El hombre con el que me casé solo porque estaba ahí, en el momento y el lugar perfectos cuando Tessa me rompió el corazón.

Encantador, y eso que nunca me habían atraído los hombres. Hasta que se dio cuenta de que ser el marido de Zoe Méndez significaba vivir a mi sombra. Hasta que nuestro matrimonio se volvió tóxico. Hasta que lo único que quedó entre nosotros fue Wesley y los malos recuerdos.

—¿Cuándo tenemos la vista?

—Tres meses. Mediados de abril.

Abril. Con la temporada iniciada, si es que consigo volver a ser titular. Justo cuando necesitaré demostrar que merezco que me renueven el contrato.

—¿Qué necesitas de mí?

—Documentación. Todo. Cualquier cosa que demuestre que eres buena madre. Dietas del pequeño, visitas al pediatra. Ya sabes, todo lo que nos pueda ayudar.

En el asiento de atrás, mi hijo se ha vuelto a quedar dormido. Los viajes en coche siempre consiguen que se calme. Descansa en su sillita ajeno a que se ha convertido sin querer en un peón dentro de una guerra que está comenzando entre sus padres.

Esto va a ser una jodida pesadilla.

Dos frentes. Tengo que luchar en dos frentes a la vez: recuperar mi carrera deportiva y ganar el juicio por la custodia de mi hijo.

Y Nate sabe exactamente lo que está haciendo. Si entreno demasiado duro y recupero mi puesto, soy una mala madre que pone el fútbol por delante de su bebé. Si me alejo del deporte para centrarme en Wesley, demuestro que no puedo con las dos cosas.

Haga lo que haga, él gana.

CAPÍTULO 2

Tessa

El trago de whisky quema exactamente como debería: limpio, preciso, sin gilipolleces.

Llevo dos semanas en Seattle y tengo varias cajas sin abrir. Tras siete años mudándome entre Múnich, Mánchester, Barcelona y ahora Seattle, he acabado perfeccionando el arte de vivir sin deshacer del todo las maletas.

La entrenadora me dedicó exactamente cuarenta y dos minutos de su tiempo, que al parecer es muchísimo. Aunque, a decir verdad, me repitió varias veces que será difícil conseguir que las jugadoras confíen en mí al mismo nivel que lo hacían con mi antecesor.

Al menos es directa. Eso me gusta en una entrenadora.

Tres jugadoras esperando el alta médica. Una de ellas tras una larga baja por maternidad.

—Tendrás las claves para acceder a los expedientes esta misma tarde —me dijo antes de despedirse—. Y, Tessa, la jugadora que ha dado a luz, necesito que vuelva. Es… es especial. No por sentimentalismo, sino porque cuando está en forma, es la mejor

centrocampista que he entrenado. Quiero su evaluación la primera de todas. Mañana a las nueve —añadió.

Una notificación en el teléfono móvil me avisa de que ha cumplido su palabra. Ahí está la clave para acceder a los expedientes.

Reviso el primero. Esguince de tobillo mientras jugaba en la playa al vóley con unas amigas. Cuatro semanas fuera, le queda una, rango de movimiento recuperado al noventa por ciento.

—Hay que ser idiota —mascullo entre dientes mientras pongo los ojos en blanco—. Pudo haber perdido toda la pretemporada por hacer el tonto en la playa.

Segundo expediente. Cirugía de LCA hace siete meses, fase final de rehabilitación, calendario agresivo, pero dentro de los parámetros habituales. Bien.

Doy otro sorbo al whisky. Este más largo. Un vistazo rápido al último expediente y me voy a la cama.

MÉNDEZ, Zoe

Posición: Centrocampista.

Dorsal: 10

Estado: Baja maternal

Fecha prevista de reincorporación: Por determinar

Leo el nombre tres veces.

A la cuarta, mi cerebro por fin procesa lo que mis ojos están viendo.

—Joder —gruño, pasándome una mano por el pelo.

Tengo que ponerme otro vaso de whisky.

Historial médico relevante:

Reconstrucción de LCA, rodilla derecha (2019)

Embarazo a término, parto vaginal sin complicaciones.

Zoe estuvo embarazada.

Zoe tuvo un bebé.

Seguí su carrera en los primeros años, pero luego me centré demasiado en el fútbol europeo. Cuando el club me contactó, vi los últimos partidos de la liga. Pensé que se había retirado y, en cambio, estaba embarazada.

No debí aceptar este trabajo.

Cierro el portátil de golpe. El chasquido resuena en el silencio del apartamento.

Mi corazón late demasiado rápido, me sudan las manos.

Mierda, mierda, mierda.

Me levanto, camino hasta la ventana y apoyo la frente en el cristal. Está frío. Eso ayuda. O lo hace habitualmente, hoy no hay nada que pueda calmarme.

Una llamada me devuelve a la realidad.

Klaus Hermann. Mi mentor en Múnich, el único ser humano que conoce la versión completa de por qué abandoné Estados Unidos hace siete años y lo que dejé atrás. También es, para mi desgracia, la persona con más probabilidades de decirme una verdad que no quiero escuchar.

—Tessa. ¿Qué tal el primer día en el nuevo puesto?

Su acento alemán se ha suavizado un poco tras treinta años operando las rodillas de algunos de los mejores deportistas del planeta, pero se sigue notando en las vocales.

—Las instalaciones son excelentes. El personal a mi cargo es profesional. Diana Creed dirige un programa riguroso —respondo sin dudar.

—¿Y por qué suenas como si te sintieses absolutamente desgraciada?

—Estoy revisando expedientes de jugadoras.

—¿Y? No puedes tener muchas lesiones a estas alturas, ¿no? En Europa llevamos varios meses de liga, pero ahí ni siquiera habéis empezado la pretemporada.

—No es eso, es… complicado.

—Complicado, ¿cómo? —insiste.

—Una de las jugadoras es alguien que conocí. Antes. En mis años de universidad —le explico sin poder detener un largo soplido.

—Ya veo —hace una pausa que me parece demasiado larga —. ¿Puede ser la razón por la que aceptaste venir a Múnich?

—Una de las razones.

—¿Y ahora está en tu lista de jugadoras lesionadas?

—Exacto —suspiro.

Al otro lado del teléfono escucho el crujido de una silla: Klaus poniéndose cómodo para mantener una conversación de verdad.

—¿Cuáles son tus opciones?

—Inhibirme. Decirle a la entrenadora que hay un conflicto de interés personal y asignar la revisión a otro médico —respondo sin dudar.

—Opción sensata.

—O puedo hacer mi trabajo. Evaluar a la jugadora con objetividad. Mantener los límites profesionales. Realmente, hace siete años sí habría conflicto de intereses. Cada una hemos seguido nuestro camino, ella seguramente está felizmente casada, con un bebé. No debería haber ningún problema.

—Opción valiente —admite con otra larga pausa—. ¿Cuál vas a elegir?

Me froto los ojos. Todavía llevo las lentillas puestas; debería habérmelas quitado hace horas.

—Si me inhibo, tengo que explicar por qué lo hago y Diana Creed no me ha contratado para que evite las situaciones complicadas. Como te digo, todo está olvidado, ocurrió hace siete años —insisto—. ¿Tú qué harías?

—Desde el año pasado yo soy un cirujano jubilado que vive en Múnich con tres gatos, Tessa. Mis decisiones vitales se han simplificado mucho desde ese momento —bromea—. Pero si de verdad quieres mi opinión: no puedes escapar de las cosas que te importan. Solo puedes decidir si vas a enfrentarte a ellas o seguir escondiéndote.

—No me estoy escondiendo —me quejo.

—¿No? ¿Cuántas cajas has deshecho en tu nuevo piso?

—Tres.

—¿De cuántas?

—Doce.

—Queda demostrado. Cualquiera de las dos decisiones es válida pero, por favor, deja de fingir que esto es solo otro expediente médico para ti, porque tengo claro que no lo es.

***

Tras colgar, me acerco a una de las cajas que tenía medio abiertas, la única que tengo etiquetada como "personal". Está llena de fotografías y recuerdos. Una de ellas llama de inmediato mi atención. Es de hace ocho años. Zoe celebrando el campeonato nacional universitario, empapada en sudor y felicidad, rodeada de sus compañeras. Estoy al fondo de la foto, observándola.

Mierda, la miro como si fuese el sol y yo hubiese estado viviendo toda mi vida en la oscuridad.

Recuerdo aquel día. El rugido de la grada coreando su nombre. Cómo me besó cuando terminó el partido.

—Lo hemos conseguido —murmuró contra mi boca.

Yo sabía que se refería al equipo, pero también a nosotras. A que habíamos construido algo real en medio de su temporada imposible y los horarios locos de mi residencia en el hospital.

Unos meses más tarde, acepté ir a Múnich.

Un año después, ella se casó con Nate.

Le doy la vuelta a la foto. Solo son recuerdos, la prueba de algo que existió y luego dejó de existir. Nada más.

La meto de nuevo en la caja. No quiero dejarla donde pueda verla. Pero tampoco voy a tirarla.

Reviso de nuevo su expediente. Hay una nota del médico anterior, un tal Joe: "Jugadora muy motivada. Puede necesitar moderación en vez de estímulo. Antecedentes de sobre entrenamiento durante su recuperación de rotura del ligamento cruzado anterior en 2019".

Me rio. Suena totalmente a Zoe. La mujer que llegaba al gimnasio una hora antes que nadie. La que jugó medio partido con una fisura en la costilla antes de admitir que algo iba mal.

La que nunca supo cómo querer algo a medias.

Cierro el portátil otra vez. Esta vez de manera definitiva y me pongo el pijama para irme a la cama.

Siete años. Llevo siete años huyendo para encontrarme de nuevo con Zoe.

He construido exactamente la vida que se suponía que quería, la que cualquier médico deportivo soñaría.

Y está tan vacía que escucho el eco cuando camino hacia el dormitorio. Quizá debería adoptar a un gato. O a tres, como mi antiguo mentor.

Respiro hondo y apago la luz. Mañana a las nueve, Zoe Méndez entrará en mi consulta. Va a ser algo profesional.

No voy a pensar en cómo sonaba su risa contra mi cuello.

No voy a pensar en la última vez que acaricié su cuerpo desnudo.

No voy a recordar cómo conseguía llevarme al paraíso cada vez que hacíamos el amor.

No miraré los lunares junto a su ombligo.

Ahora está casada. Tiene un bebé. Y yo voy a hacer mi trabajo. Nada más.

CAPÍTULO 3

Zoe

Llego a las instalaciones del club treinta minutos antes porque estoy tan nerviosa que no puedo quedarme quieta en casa. Autorización de mi ginecóloga, informes de fisioterapeutas privados, registro detallado de cada ejercicio que he hecho en los últimos dos meses. He preparado esta evaluación como si fuese una final de la Copa del mundo. Dossier completo. Cada dato bien documentado. Necesito que me den el alta para volver a entrenar con el equipo durante la pretemporada o no estaré en forma cuando empiecen los partidos de verdad.

He tenido que dejar a Wesley con mi madre y separarme de él ha dolido mucho más de lo que esperaba. Su carita me rompió por dentro, el pobre niño no entendía por qué me iba, pero no podía traerle aquí. No para la revisión con el equipo médico del club.

Cuando llego, el estruendo de la primera sesión de entrenamiento físico retumba desde el gimnasio principal. El edificio está vivo.

Conozco bien el camino hasta los servicios médicos. He estado en esas consultas docenas de veces. Tratamientos de lesiones menores, revisiones de pretemporada, reconocimiento antes de firmar las renovaciones de los contratos. Pero nunca para esto.

Nunca como alguien que tiene que convencer al equipo médico de que su cuerpo todavía es capaz de hacer el trabajo para el que la contrataron.

Ojalá Joe estuviese todavía en el puesto. Conocía mi historial. Sabía exactamente de lo que era capaz. Entrenamos juntos tras la reconstrucción de mi ligamento cruzado anterior y me devolvió al campo en mejor forma que antes de la lesión.

Pero Hades me dijo ayer que tenemos nueva jefa de servicios médicos. Una de las mejores profesionales en medicina deportiva, según ella. Al parecer, viene de Europa con un currículum impresionante.

Alguien que no me conoce.

Alguien que solo verá el cuerpo que tengo en estos momentos y decidirá si es suficiente para hacer la pretemporada con el equipo.

—Adelante —dice una voz de mujer cuando llamo a la puerta casi con miedo.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —gruño al ver a la nueva directora de los servicios médicos del club.

El tiempo no se detiene. Eso es un cliché estúpido. Pero sí regresa a hace siete años, cuando toda mi vida se fue a la mierda por culpa de la misma persona que me observa desde detrás de su mesa. Siete años. Siete jodidos años sin verla. Sin saber dónde estaba, qué hacía, si pensaba en mí alguna vez como yo pensaba en ella.

—Buenos días, Zoe.

—¿Qué coño haces aquí?

—Soy la nueva directora de servicios médicos —responde con naturalidad.

—Eso ya lo veo. Pero ¿por qué aquí? Hay miles de clubs de fútbol en el jodido planeta, ¿por qué tienes que venir justo a este? ¿Has vuelto solo para joderme la vida? ¿No te pareció suficiente?

Quizá estoy alzando la voz mucho más de lo que sería conveniente. Al menos, eso creo por el modo en el que se ha quedado pálida y mira hacia la puerta todavía abierta. Supongo que no quiere una discusión con una jugadora en su primera semana de trabajo. Tendrá que explicarle a Hades lo que ocurre.

Mejor, que se joda.

—¿Puedes calmarte y cerrar la puerta, por favor? —ruega con un hilo de voz.

—¿Calmarme? ¿Estás de broma? ¿Cómo coño quieres que me calme? Para mí no es ningún juego, Tessa. Llevo un año sin pisar los terrenos de juego, necesito que me den la puta autorización para hacer la pretemporada con el equipo o mis opciones de ser titular se van a la mierda y con ellas la renovación de mi contrato. ¿Tú sabes el nivel de estrés que tengo en estos momentos? Lo último que necesito es encontrarte aquí.

—Para mí tampoco es un juego, Zoe. Soy una profesional, una de las mejores del mundo en mi especialidad. Lo que haya ocurrido entre nosotras hace siete años no…

—¿Lo que haya ocurrido entre nosotras? Me jodiste la vida, Tessa —chillo sin separarme de la puerta—. Dejaste la mitad de tus

cosas en el apartamento que compartíamos y te largaste sin darme una explicación.

—Te dejé una carta.

—¿Una carta? Qué valiente, ¿verdad? ¿No te atrevías a decírmelo a la cara? ¿Tienes idea de cuántas veces leí esa jodida carta? —grito, pegando un fuerte manotazo a la puerta con el que tan solo consigo hacerme daño.

Silencio. Tres segundos que se sienten como si fuesen años. Puedo escuchar mi propio corazón martilleando en mis sienes.

—No se trataba de ti —suspira.

—Claro que no se trataba de mí —protesto, caminando hacia su mesa y apoyando ambas manos en ella—. Se trataba de que eres una egoísta que elegiste tu carrera profesional por encima de nosotras. Se trataba de que decidiste que lo que teníamos no valía la pena.

Tessa apenas se inmuta.

—Tienes razón —admite—. Elegí mi carrera profesional. Elegí irme. Me dio miedo. Y tienes todo el derecho a odiarme por ello.

—Genial —bufo—. Porque te odio.

No es del todo cierto. Ojalá lo fuese. Sería mucho más simple si solo sintiese odio cuando la miro. Pero hay otras cosas mezcladas ahí: un dolor que creía haber enterrado para siempre, una rabia que nunca se fue del todo, y prefiero no pensar en esos jodidos ojos grises o en su cuerpo desnudo.

—Entiendo que esto es... complicado —confiesa, haciendo una pausa para elegir las palabras con cuidado—. Si prefieres que

otra persona del equipo médico se encargue de tu evaluación, puedo pedirle a Sara...

—¿La fisioterapeuta sénior?

—Sí. Es excelente según me han dicho. Lleva cinco años en el club y conoce bien...

—No.

Tessa pestañea y alza las cejas.

—¿No?

—No. Hades me dijo que eres una de las mejores profesionales en medicina deportiva. Que vienes de trabajar con equipos de élite en Europa. ¿Es cierto?

—¿Hades?

—Diana, la entrenadora. Es una larga historia. ¿Es cierto o no?

—Sí, lo es.

—Entonces te necesito a ti. No quiero problemas con Hades y tú tampoco, puedes creerme con eso. Necesito que me devuelvas a mi mejor forma lo antes posible porque mi carrera está en juego. Mi contrato se acaba este año. Si no demuestro que puedo volver al nivel que tenía antes del embarazo, no me renuevan. Y si no me renuevan... —me detengo. Respiro—. Mira, tengo una batalla legal por la custodia de mi hijo Wesley. Mi exmarido está argumentando un montón de mierda que me hace parecer una madre inadecuada. Así que necesito demostrar que puedo con las dos cosas. Que puedo ser la que siempre fui en el campo y seguir siendo la madre que mi hijo necesita.

—¿Exmarido? No…no sabía nada de lo de la batalla por la custodia del bebé, lo siento. De hecho, hasta ayer pensé que te habías retirado —se disculpa bajando la voz.

—¿Por qué ibas a saberlo? Llevas siete años muy lejos, sin saber nada de mí, porque supongo que no has estado siguiendo mi vida personal o mi carrera deportiva, ¿verdad?

—Mucho más de lo que crees —confiesa, dejándome sin una respuesta clara.

—Mira —continúo—, las dos sabemos que esto es una auténtica mierda. Que trabajar juntas va a ser muy incómodo. Pero también sé que eres una profesional. Siempre lo fuiste. Incluso cuando me destrozaste el corazón lo hiciste de manera muy profesional y organizada.

—Zoe...

—¡Cállate y escucha! —la interrumpo antes de que pueda decir algo que haga esto aún más complicado—. Tú haces tu trabajo. Me evalúas. Me dices qué necesito hacer para volver a los terrenos de juego. Y yo fingiré que cada vez que te veo no me recuerda a la peor época de mi vida. Hasta puedo fingir que no te conozco de nada, si quieres. ¿Podemos hacer eso?

—Podemos —responde al fin—. Pero necesito que entiendas algo. Si no estás para jugar, no voy a hacer ninguna excepción contigo.

—Lo tendré en cuenta.

—Y necesito que seas completamente honesta conmigo sobre cualquier dolor, cualquier molestia, cualquier cosa que notes en tu

cuerpo. No puedo ayudarte si me mientes —me recuerda.

—Ya no miento sobre lesiones. Lo aprendí por las malas cuando me rompí los ligamentos cruzados.

—Muy bien, vamos a empezar —ordena, señalando hacia la camilla—. Quítate las zapatillas y la camiseta. Voy a hacer una revisión física completa.

Me quedo paralizada un segundo.

—¿La camiseta?

—Te he visto desnuda un montón de veces —murmura, encogiéndose de hombros mientras prepara sus cosas.

—Eso no ayuda nada.

—Venga ya, Zoe. Has estado pasando evaluaciones físicas en sujetador deportivo y shorts con un señor de sesenta años. Esto tendría que ser más fácil.

No protesto. No tengo ningún argumento para hacerlo. Ni siquiera sé por qué estoy tan nerviosa, cubro mucha más piel que cuando voy a la playa en bikini, pero esto es diferente. Es Tessa y por alguna razón que desconozco una extraña sonrisa ha cruzado brevemente sus labios.

—Pensándolo mejor, como acabas de dar a luz, creo que lo primero que haré será comprobar tu suelo pélvico —suelta de pronto.

—¿Qué?

El calor me sube por el cuello tan rápido que probablemente pensará que estoy a punto de tener un infarto. Y estoy medio desnuda, no tengo camiseta que lo disimule.

—Sí, ya sabes cómo va —continúa—. Será un momento, pongo un poco de lubricante en el guante, meto dos dedos en tu…

Creo que me quedo sin respiración.

—No... no creo que eso sea una buena idea —tartamudeo.

—Es broma, idiota. Tendrías que ver la cara que has puesto —bromea muerta de risa.

—¡Eres gilipollas, joder! —gruño.

Por un instante, dudo si abandonar las pruebas médicas. Me he puesto tan tensa que estoy temblando.

—Voy a revisar el rango de movimiento y después evaluaré tu core —explica mientras se acerca.

Solamente asiento. Ya no confío en mi voz.

Desliza lentamente la punta de los dedos por mi tobillo antes de rotar la articulación. Mierda, mi cabeza se llena de pronto de todos esos momentos en los que esos mismos dedos trazaban patrones imaginarios en mi espalda desnuda después de hacer el amor.

Se mueve hasta la rodilla. Cada toque profesional. Y eso lo hace aún peor, porque me recuerda cómo solía ser diferente.

Y entonces lo noto.

Mierda.

Mis pezones. Endurecidos por el frío. O por sus manos en mi piel. O por su comentario de antes. O por todo a la vez. Marcándose claramente a través del sujetador deportivo.

Instintivamente, cruzo los brazos sobre el pecho y Tessa pone los ojos en blanco.

Sigue usando el mismo perfume. Cítrico con un toque de madera. No ha cambiado. Solía enterrar la nariz en su cuello solo para olerlo.

Lucho por sacar ese pensamiento de mi mente mientras ella continúa con la evaluación. En condiciones normales, yo estaría haciendo preguntas, he pasado por esto decenas de veces, pero estoy tan nerviosa que solo quiero que se acabe cuanto antes y que me diga que estoy lista para volver a entrenar con el equipo.

—De pie, por favor —ordena, volviendo a un tono neutral—. Voy a evaluarte funcionalmente. Plancha. Quiero ver cuánto aguantas.

Me coloco en posición de plancha sobre la colchoneta. Al menos así estoy boca abajo.

Tessa se arrodilla a mi lado, observando mi forma. Demasiado cerca. Siento el calor de su cuerpo a centímetros del mío, su mirada sobre la curva de mi espalda.

—Tu pelvis está cayendo —señala—. Aprieta.

Lo intento, pero mis brazos comienzan a temblar a los treinta segundos y a los cuarenta estoy a punto de rendirme.

—Aguanta un poco más —susurra a mi oído—. Sé que puedes.

Mis hombros arden.

—Diez segundos más, Zoe.

Coloca la mano en la parte baja de mi espalda, guiándome a la posición correcta.

Y joder.

El contacto me atraviesa como si fuese una corriente eléctrica.

Colapso en la colchoneta.

—Cuarenta y siete segundos —anuncia, retirando la mano demasiado lentamente—. Antes podías hacer tres minutos sin problema.

Prefiero no responder. Me quedo tumbada bocabajo en la colchoneta, agradecida de tener unos segundos para que no pueda ver mi cara, porque estoy a punto de ponerme a llorar.

Antes…

Antes no llevaba un año sin entrenar.

Antes no acababa de tener un bebé.

Y cuando nuestras miradas se cruzan, sé que es plenamente consciente de todo el trabajo que me queda por delante.

CAPÍTULO 4

Tessa

La pantalla del portátil proyecta una luz azul que ilumina pilas de estudios impresos: investigación sobre recuperación atlética postparto, protocolos de rehabilitación del suelo pélvico, progresiones de fortalecimiento del core adaptadas a atletas de élite. He leído cada palabra dos veces. Algunos párrafos, cinco.

El documento delante de mí tiene un encabezado clínico, todo lo neutro que he podido conseguir: "Protocolo de Vuelta a la Competición: Zoe Méndez, Semanas 1-14». Debajo, catorce semanas planificadas con precisión quirúrgica. Ejercicios específicos. Repeticiones. Progresiones condicionales según la respuesta de su cuerpo.

Cada variable controlada. Perfectamente medida.

Excepto la que importa.

Porque no puedo controlar que sea precisamente Zoe.

No puedo dejar de pensar en que mis manos estarán en alguna parte de su cuerpo tres veces por semana; ajustando la postura, evaluando su activación muscular, guiándola a través de movimientos que requieren que confíe en mí por completo.

No puedo controlar que cuando leo "Semana 3: Introducir ejercicios de rotación del core" lo que realmente veo es: mis manos estarán en su cintura, exactamente donde solían estar cuando no había nada profesional en nuestro contacto.

Cierro el portátil de golpe.

***

Zoe llega justo a la hora. Ni un minuto antes que pueda dar la impresión de ansiedad, ni un minuto más tarde que pueda sugerir que no le importa. Así es ella.

Se ha puesto una sudadera demasiado grande. Cuando estábamos juntas, aprovechaba cualquier oportunidad para presumir de abdominales. Su coleta se mueve de lado a lado al caminar. En sus ojos puedo ver que apenas ha dormido.

Voy tomando notas mentales. Su hombro derecho está ligeramente elevado, seguramente de cargar a Wesley siempre del mismo lado. Su pelvis todavía tiene inclinación.

—Túmbate en la camilla, boca arriba, y abre ligeramente las piernas.

—Vaya, qué romántico. Hace años me habrías invitado a cenar o me habrías comprado bombones antes de pedirme algo así —ironiza.

Levanto la vista de la tablet y no consigo evitar que se me escape una sonrisa.

—¿Vas a hacer esto en cada sesión?

—¿Hacer qué?

—Convertir todo en un campo de minas.

—Solo si tú sigues fingiendo que no ocurrió nada —se queja chasqueando la lengua.

Me coloco a su lado para evaluarla y de pronto soy consciente de lo cerca que estamos. Creo que mi corazón se ha acelerado al menos quince latidos por minuto más de lo normal.

—Voy a evaluar la activación de tu transverso abdominal. Coloca tus dedos aquí —ordeno, guiando sus manos a los puntos correctos en su abdomen bajo—. Ahora exhala completamente e intenta llevar el ombligo hacia la columna sin mover la pelvis. Sabes que para una futbolista es crucial en la potencia de los disparos, los cambios de dirección, saltos…

—Llevo jugando al fútbol toda mi vida —me recuerda—. Sé ese tipo de cosas básicas. Además, te gustaba mucho darme clases de anatomía.

—Lo que quizá no sepas es que se estira enormemente durante el embarazo y si no funciona bien, no hay potencia —explico, aunque por la cara que ha puesto preferiría no haberlo dicho.

Zoe lo intenta. Puedo ver el esfuerzo en su rostro: ese ceño fruncido de concentración que tanto me gustaba. Coloco la mano sobre su abdomen, justo encima de la suya, palpando la activación muscular.

Su piel está caliente. Trato de no fijarme en la temperatura y en su lugar centrarme en la sutil tensión de los músculos intentando recordar cómo funcionar de manera correcta.

—Vale. La activación está ahí. Débil, pero está ahí. Tendremos que trabajar en eso.

—¿Débil? —pregunta con preocupación.

—Zoe.

—¿Qué?

—Eres humana. Has dado a luz a un niño precioso. Te pondré en forma, te lo prometo —le aseguro apretando su mano.

—Ya, soy humana. Pero todavía no me vas a dar el alta para entrenar con el resto del equipo, ¿verdad?

Solamente niego con la cabeza y no sé si me duele más a mí o a ella.

***

Tres sesiones se convierten en seis. Seis se convierten en doce. Las semanas se desdibujan en una rutina de ejercicios y evaluaciones, un esfuerzo titánico para reconstruir su cuerpo músculo por músculo y devolverlo a su mejor estado de forma.

Poco a poco, empezamos a hablar. No del pasado, tampoco de lo que ocurrió entre nosotras. Eso intentamos evitarlo. Comienza a hacer preguntas, a pedir explicaciones de por qué hacemos un ejercicio y no otro. La desconfianza sigue ahí, dentro de su cabeza. O de su corazón. Pero las cosas van mejorando.

—Hoy quiero trabajar la disociación lumbopélvica —anuncio—. Necesitas reaprender a mover la pelvis independientemente de la columna lumbar. Es fundamental para recuperar la estabilidad de tu core tras el embarazo.

—¿Qué quieres que haga?

—Ponte aquí y separa los pies más o menos como el ancho de tus caderas —le explico.

Obedece y me coloco tras ella. Muy cerca.

—Necesito palpar el movimiento de manera directa, y para eso, debes hacerlo entre mis manos —expongo con mi tono de voz más profesional al observar que se ha puesto muy tensa—. Voy a colocar una mano en tu pubis y la otra justo por encima de los glúteos. ¿Está bien? —pregunto antes de continuar.

Suspira mientras pongo las manos en la posición indicada, se ruboriza ligeramente y yo siento el calor subir por mi cuello.

Me pego a ella, mi pecho en su espalda, mi cuerpo rodeándola, demasiado consciente de que mi mano derecha está a escasos centímetros de su sexo.

Durante unos segundos, ninguna de las dos se mueve.

—Voy a guiar el movimiento, ¿vale? —susurro junto a su oído —. Tú déjate llevar y bascula la pelvis hacia delante, empujando contra mi mano y luego hacia atrás contra la otra mano.

—Puf —suspira en cuanto empezamos a movernos.

—¿Puf?

—Este movimiento…

—Relájate. Estás un poco tensa —murmuro.

—Pero ¿cómo no voy a estar tensa? Joder, es que solo te falta el arnés y sería como antes de irte. Lo dejamos por hoy —anuncia, separándose de pronto.

Intento disculparme, pero no está enfadada. Solo… no lo sé, quizá sorprendida, porque yo misma también lo estoy. Ese movimiento es algo estándar en la recuperación de una deportista

que ha dado a luz, lo he hecho en varias veces con otras mujeres, pero nunca sentí lo que acabo de sentir con Zoe.

En eso tiene razón. Era demasiado familiar… demasiado… excitante.

Al menos, pone los ojos en blanco y se ríe.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que necesito mentalizarme antes de hacer este tipo de cosas, lo siento —me explica, encogiéndose de hombros.

De pronto, una sombra de duda cruza su mirada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya sabes que sí —le aseguro, cogiendo instintivamente sus manos entre las mías.

—¿Y si nunca vuelvo? No al nivel que estaba. A ningún sitio que importe. El fútbol es mi vida, es todo lo que conozco, lo que me define. Ni siquiera sé qué hay cuando se acabe. Nunca me lo había planteado y ahora…

—¿Quieres saber lo que yo veo?

Asiente lentamente con la cabeza.

—Veo a una mujer que dio a luz a un bebé hace solo siete meses. Veo a un cuerpo que hizo algo extraordinario y está pagando un coste en términos de estado de forma por ello. Y veo a la misma luchadora de siempre, a alguien que es capaz de derribar una pared a cabezazos si con eso consigue sus objetivos. A una de las mejores jugadoras del mundo luchando por recuperar su carrera deportiva y no me cabe ninguna duda de que lo conseguirás, porque para mí también es algo personal —termino con un largo suspiro.

Zoe me mira como si me viese por primera vez.

—¿De verdad crees eso?

—Nunca miento. Puedo huir, pero no miento. Ya lo sabes.

—Gracias, significa mucho para mí, aunque no lo creas —susurra mientras se inclina para abrazarme.

La acompaño hasta su coche. En el asiento trasero, está la sillita del bebé. Gris, genérica, supongo que exactamente igual que miles de otras sillitas de bebé. Pero a su lado hay un pequeño balón de fútbol de peluche, del tamaño de mi puño, metido entre el asiento y la puerta.

La prueba de que Zoe tiene una vida más allá de nuestras sesiones de recuperación. Tiene un bebé que necesita balones de peluche y sillitas y probablemente docenas de otras cosas de las que no sé nada de nada.

—¿Tessa? —su voz interrumpe mi espiral de pensamientos—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo de manera automática—. Descansa, ¿vale? Te veo en la próxima sesión —añado, tratando de forzar una sonrisa que creo que no ha quedado muy convincente.

CAPÍTULO 5

Zoe

—¡Te juro que si no empiezo a tocar el balón me volveré loca! —le grité a Tessa en nuestra última sesión.

Y aquí estamos junto a Hades, que no ha querido perderse mis primeros toques, solas, en uno de los campos de entrenamiento auxiliares, uno de esos que apenas utilizamos y se alquilan por las tardes a las jugadoras de clubes juveniles locales.

Acaban de regar el césped y las líneas blancas brillan ligeramente. Joder, cómo echaba de menos esto.

Cuatro semanas de planchas modificadas y puentes de glúteos, de ejercicios de suelo pélvico tan humillantes que quería llorar en cada sesión. Cuatro semanas reconstruyendo mi cuerpo músculo por músculo. Cuatro semanas mirando a mis compañeras entrenar desde la ventana de la sala de rehabilitación.

Y, por fin, Tessa me ha autorizado para hacer un trabajo ligero con la pelota.

Mi primer toque es una mierda: demasiado fuerte, sin control, la bola sale disparada sin una dirección concreta y el soplido que se le escapa a Hades me deja claro que le ha decepcionado.

El segundo toque es mejor. El tercero casi se siente normal.

Para el cuarto, estoy sonriendo.

—Esa sonrisa —murmura Tessa desde la banda cuando paso a su lado—. Hacía mucho tiempo que no la veía.

—Es que hacía mucho tiempo que no tocaba un balón dentro de un campo de fútbol —respondo, pisando la pelota delante de ella y de mi entrenadora—. Joder, esto es... Ni siquiera encuentro las palabras.

—Vamos a probar algo un poco más complicado para ver qué tal te sientes —sugiere Hades mientras se dirige a la mitad del césped con unos conos.

Los coloca cada tres metros en línea recta. Es un ejercicio básico: algo que haría con jugadoras de doce años de cualquiera de los clubs locales. Regate a través de los conos, girar, regresar haciendo lo mismo en la dirección contraria.

—Confía en tu cuerpo —susurra Tessa, sujetándome por el codo antes de mi primer intento.

Cuando empiezo, la bola se mueve entre mis pies con ese patrón de toque-toque-toque que es pura memoria muscular y casi me dan ganas de llorar.

Esto.

Esto es quien soy.

No la versión rota que no podía aguantar una plancha durante menos de un minuto hace un mes. No la madre agotada que a veces olvida comer porque Wesley necesita toda mi atención. No la mujer que debe defenderse de un exmarido tóxico que utiliza a su hijo como arma.

Zoe Méndez. Centrocampista. La que solía ver el campo como geometría, como posibilidades infinitas, como arte.

Completo el ejercicio varias veces y en la última, añado un movimiento de finta que mi cuerpo recuerda aunque mi cerebro se sorprenda de que todavía pueda ejecutarlo a esa velocidad, completándolo con un caño entre las piernas de mi entrenadora, que afortunadamente, se lo toma a risa.

Y yo también me río.

Una carcajada sin filtro, una alegría que solo siento cuando estoy con mi hijo Wes. Algo que hace tanto tiempo que no experimentaba dentro de un estadio de fútbol que ni siquiera me acordaba de lo bien que sentaba.

Cuando me detengo, respiro con dificultad, pero soy feliz.

—Por favor, dime que puedo hacer la pretemporada con el equipo —ruego, poniendo instintivamente esos ojos de cachorrito abandonado que tanto le gustaban a Tessa hace años.

A nuestro lado, Hades espera la respuesta con impaciencia.

—Puedes hacer la pretemporada con el equipo —confirma—. Pero necesito que me informes de cualquier molestia y continuaremos con los ejercicios de fortalecimiento.

—¿Tú también irás a Florida? —pregunto con sorpresa. Tessa tan solo asiente lentamente con la cabeza mientras Hades levanta el dedo pulgar y me guiña un ojo antes de irse.

Cuando nos quedamos a solas, me acerco a ella antes de pensar, antes de recordar límites profesionales, antes de ser consciente de que la odio todavía un poco por lo que me hizo hace

siete años. Antes de darme cuenta de todas y cada una de las razones por las que mantener las distancias con Tessa es lo más seguro para mi estabilidad emocional.

La abrazo.

Es rápido, impulsivo, soy tan feliz que ni siquiera pienso en lo que estoy haciendo.

Me rodea con sus brazos y se siente exactamente igual que hace años. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho. Puedo oler su perfume, escuchar su respiración, sentir su aliento en la piel de mi cuello.

El abrazo debería durar dos o tres segundos. Máximo cinco.

Dura diez. Quizá algo más.

Cuando empiezo a separarme, sus manos se detienen en mis caderas mientras mis dedos todavía sujetan las solapas de la bata blanca que lleva puesta.

Y algo cambia.

Es algo en la calidad del silencio, en el modo en el que nuestra respiración se acompasa, como si mi cuerpo estuviese de pronto súper alerta de cada punto en el que nos tocamos.

Debería dar un paso atrás.

No me muevo.

—Zoe… —susurra mi nombre y no sé si es una advertencia, una súplica o una pregunta, solo sé que cierro los ojos y entreabro los labios.

Y entonces me besa.

Es suave, casi como si estuviese pidiendo permiso para continuar, pero mi cuerpo ya lo tiene decidido y mi cerebro se niega a razonar. Si lo hiciese, la detendría, en cambio, rodeo su cuello con los brazos y profundizo en nuestro beso, temblando cada vez que escucho esos ligeros gemidos que apaga contra mis labios.

Siete años desde la última vez que nos besamos, y mi cuerpo reconoce su sabor, la forma de su boca, el tacto de su lengua al buscar la mía.

Ya no queda nada de precaución: es hambre, son siete años de distancia que colapsan de golpe, es todo lo que no nos dijimos durante cuatro semanas de sesiones demasiado profesionales en las que cada roce era una jodida tortura disfrazada de tratamiento médico.

La empujo contra la pared de hormigón del estadio. Sus manos buscan la piel bajo mi sujetador deportivo, mis dedos la cremallera de sus pantalones, y en el instante en que siento el calor entre sus piernas se le escapa un suspiro que me hace temblar.

—Mierda —susurro contra sus labios—. Tessa... no, para, por favor.

Recupero el control y decir que la realidad me golpea como si me acabasen de tirar un cubo de agua helada sería quedarse muy corto. Es como si me tirasen toda el agua del Ártico, con su hielo incluido.

—Me cago en la puta, joder —mascullo entre dientes.

Me separo con brusquedad, doy dos pasos hacia atrás, pongo espacio entre nosotras. Mi pecho sube y baja, demasiado rápido, mi

respiración totalmente descontrolada y no tiene nada que ver con el ejercicio.

—No. No puedo... no puedo hacer esto contigo otra vez —me disculpo, alzando las manos.

Tessa parece destrozada. Su pelo está revuelto donde mis dedos se enredaron. Sus ojos, joder, sus ojos están tan llenos de deseo que le quitaría la ropa a mordiscos si no recordase lo que ocurrió entre nosotras hace siete años.

—Zoe...

—Me rompiste el corazón y lo tiraste por el suelo una vez. Me dejaste. Elegiste irte a Múnich, elegiste tu carrera, elegiste todo menos a mí. Y tardé años en recuperarme. No puedo, Tessa. No volverá a ocurrir —le aseguro.

—Lo sé...

—¿Lo sabes? ¿Sabes lo que dolió saber que te ibas convencida de que era la decisión correcta? ¿Sabes la tremenda gilipollez que fue casarme con Nate solo porque estaba allí en el momento adecuado y pensé que al menos él no me destrozaría como hiciste tú? Y mira cómo acabó.

—Zoe, por favor... solo escucha, ¿vale?

—¿Ha cambiado algo? ¿Qué te hace pensar que esta vez sería diferente?

Se queda callada.

Un silencio demasiado largo.

Demasiado incómodo.

Casi puedo leer el conflicto en sus pensamientos: quiere mentir, quiere darme una falsa seguridad, quiere prometer cosas que no está segura de poder cumplir.

Pero Tessa nunca miente. Es uno de los pocos puntos sólidos en toda esta situación de mierda: dice verdades que duelen en lugar de mentiras cómodas.

Y ahora mismo, su silencio es la verdad más dolorosa de todas.

—Ya, eso me parecía —murmuro, girando sobre mis talones y alejándome de ella para que no me vea llorar.

CAPÍTULO 6

Tessa

¿Ha cambiado algo?

Su pregunta me golpeó en plena cara, como si fuese un balón mal despejado.

Zoe no lo dijo para herirme. Lo dijo como quien enciende la luz del baño a las tres de la mañana: sin dramatismo. Pero tenía todo el derecho del mundo a preguntar.

No pude mentirle.

Tampoco pude prometerle nada.

Ni lo valiente, ni lo bonito, ni lo que sonaría a una película romántica barata. Siete años de separación deberían haberme dado una respuesta más decente que ese doloroso silencio que se formó entre las dos.

Me siento en la cama, las piernas dobladas en el borde del colchón. Seattle sigue a oscuras, ese negro azulón de esta época del año que se mete en los huesos. En la ventana, gotas gordas de lluvia resbalan como si el cristal estuviese llorando por lo idiota que soy.

Necesito correr. O gritar. O follar. O todas a la vez, da igual el orden.

Cojo las zapatillas.

Es la más fácil de las tres opciones.

En la calle, la lluvia te pega la ropa a la piel como una segunda capa fría. Capitol Hill está casi vacío: un repartidor encorvado mirando al cielo y maldiciendo el agua que cae sobre él, una persiana que sube con chirrido, una bolsa de basura rota que no han colocado en su contenedor.

Empiezo suave. Cinco minutos de calentamiento. Luego subo al ritmo que me hace sentir competente: lo bastante para que la respiración me obligue a no pensar.

No funciona.

Porque mi cerebro puede hacer dos cosas a la vez: correr y destrozarme.

No debí besarla.

La frase me persigue.

"Me rompiste el corazón la primera vez".

Zoe lo dijo como un dato demasiado obvio. Devastador. No como un reproche. Y eso lo convierte en una tortura más sutil, de las que no dejan marcas por fuera, pero te cambian por dentro.

Elegí Múnich sabiendo exactamente lo que dejaba atrás. Me vendí a mí misma la idea de que era la mejor opción: el prestigio del programa de medicina deportiva, el nombre de Klaus Hermann pronunciado con respeto en cualquier ambiente en el que se hable de recuperación de futbolistas. Klaus me miró una vez y me dijo que estaba orgulloso de mí.

Y yo me aferré a esa frase como si fuese el oxígeno que necesitaba para respirar.

Varios meses más tarde, Zoe se casó con Nate.

Durante años utilicé ese dato como una coartada perfecta: "¿Ves? Estaba claro, ese Nate no era solamente un amigo. Había algo más que no me contaba y la rápida boda confirmó mis sospechas. Yo me marché y le dejé el camino libre. No era para tanto. En el fondo le hice un favor". Me lo repetí una y otra vez como un mantra.

Ahora creo que me mentí a mí misma para hacer la realidad más soportable.

Zoe se casó con Nate porque yo dejé su corazón hecho trizas. Porque necesitaba sujetarse a algo y Nate apareció en el momento justo con sus palabras bonitas… palabras falsas. Porque después de lo que le hice, cualquier cosa era mejor.

Subo por Pine Street y giro hacia Volunteer Park. El parque está vacío, gris. Mis zapatillas golpean el asfalto mojado con un ritmo que en condiciones normales ayuda a que me calme. El olor a tierra mojada me recuerda que hay cosas que, aunque las pises, vuelven a crecer.

Pero es el triste patrón de mi vida.

Cuando las cosas se complican, cuando una relación empieza a ser demasiado seria, elijo la salida de emergencia. Elijo proteger mi corazón. Y siempre tengo un montón de excusas lo suficientemente creíbles como para huir.

La pregunta regresa otra vez, se niega a desaparecer.

"¿Ha cambiado algo?"

Y la respuesta sigue siendo la misma.

No lo sé.

Completo los ocho kilómetros y vuelvo empapada. Me ducho. El agua caliente me golpea la nuca y la espalda, pero no consigue que me sienta mejor. Golpeo los azulejos de la pared con la mano abierta. Me entran ganas de llorar de rabia, porque algo tan simple funciona para todo el mundo menos para mí.

Salgo y camino desnuda por el pasillo. El agua me resbala todavía por las piernas, y mis pies dejan huellas oscuras sobre el parqué. El móvil vibra en la encimera. Miro la hora antes de cogerlo. Las siete y media de la mañana. Nadie envía un mensaje a esa hora en un domingo a no ser que ocurra algo malo. Lo miro esperando una notificación del equipo médico del club.

Es Jordan Hayes, nuestra psicóloga deportiva.

"Te vi salir a correr a las seis y media de la mañana. Nadie corre bajo la lluvia un domingo a esas horas a menos que esté huyendo de algo. Te espero en la cafetería del club a las 9 si quieres hablar. O también puedes ignorar este mensaje si prefieres sufrir sola. Sin presión. Tú misma".

Me quedo mirando la pantalla.

Tiene ese extraño talento de decirte las verdades a la cara y que a continuación te apetezca abrazarla mientras le das las gracias.

Escribo la respuesta sin pensar demasiado, porque si lo hago, no voy, y si me quedo en casa entraré en una espiral de recuerdos que me destrozará.

Yo: a las 9 en la cafetería del club. Gracias.

Los tres puntos aparecen al instante.

Jordan: no me des las gracias todavía. Voy a hacerte preguntas incómodas.

Se me escapa una sonrisa.

***

La cafetería del centro de entrenamiento es pequeña y un domingo a estas horas está casi vacía. A través de la ventana se ve el campo principal, o una parte de él: verde oscuro, líneas blancas que brillan bajo la lluvia.

Jordan ya está sentada en la mesa de la esquina, con una taza de café y un cruasán que no ha empezado.

—Puntual —dice a modo de saludo cuando me siento frente a ella.

—Costumbres que adquieres en Alemania, supongo —respondo, colocando mi abrigo en el respaldo de la silla.

—Múnich, ¿no? Klaus Hermann. Leí tu currículum cuando Diana te contrató. Impresionante.

—Gracias.

—No era un cumplido. Al menos, no del todo —matiza con una extraña sonrisa, clavándome la mirada—. Era un aviso. Has construido la carrera perfecta para no quedarte en ningún sitio durante más de dos años. Múnich, Mánchester, Barcelona… siempre moviéndote.

Por suerte, se detiene un momento cuando la camarera me trae el café. Bebo un largo sorbo que me quema la lengua, como si

me estuviese castigando a mí misma antes de seguir escuchando sus palabras.

—¿Sabes que fuimos a la misma universidad? —suelta de pronto.

—No… no lo sabía.

—Normal, yo soy un par de años más joven y siempre pasé muy desapercibida. Me asustaba llamar la atención. En cambio… todo el mundo conocía a Zoe Méndez, la estrella del equipo de fútbol femenino… y a su novia Tessa.

—Joder —suspiro.

—Mira, no pretendo meterme donde no me llaman, pero…

—Te juro que no sabía que Zoe quería seguir jugando tras el embarazo. No acepté el puesto por ella y llevamos siete años sin saber nada la una de la otra —la interrumpo, aunque mis palabras salen a borbotones, demasiado apresuradas, casi tartamudeando.

—Pero ahora sabes que está aquí —responde con calma.

—Ahora lo sé.

—¿Y…?

—Y es un puto desastre —confieso, dejando escapar un largo suspiro.

Jordan parte el cruasán con los dedos, sin comérselo. No sé por qué me concentro en las migas que caen en el plato. Supongo que para no pensar en otras cosas.

—¿Hades lo sabe?

—¿Por qué la llamáis Hades?

—Es una larga historia. Responde. ¿Lo sabe?

Solamente me encojo de hombros. Por algún motivo que desconozco, el sonido de la máquina de café me parece demasiado alto.

—Voy a hablarte muy claro —anuncia, colocando los codos sobre la mesa y apoyando la barbilla sobre sus manos—. Tú decides si Zoe entrena, si juega, si compite. Eso es poder sobre ella.

—Soy la directora de los servicios médicos del club, se supone que es lo que debo hacer.

Me clava la mirada y alza las cejas. No se lo traga.

—Si la autorizas a jugar antes de tiempo porque quieres verla feliz, la lesionas. Si la frenas porque te da miedo que se haga daño, le jodes la carrera porque no la van a renovar. ¿Puedes prometer que serías cien por cien objetiva?

Abro la boca un par de veces sin que las palabras salgan de mi garganta. La cierro. Porque la respuesta completamente honesta es no. Y no me atrevo a decirla en alto.

Jordan respira profundo, despacio.

—Y si alguien lo descubre y se queja, por ejemplo otra jugadora, otro miembro del staff, habrá seguramente investigación. Expediente. Separación del caso. Y en el peor escenario posible… fuera.

—¿La liga?

—La liga no entra salvo que haya abuso o decisiones médicas comprometidas. Y ahí viene lo peor.

—¿Lo peor?

—Nate —responde con calma.

—¿Qué tiene que ver…?

—Tiene todo que ver —insiste manteniendo el tono de voz muy bajo y eso asusta—. Sabes que Zoe está en una batalla legal por la custodia del bebé. ¿Sabes qué le encantaría al abogado de Nate? Poder insinuar que la médica que autoriza su vuelta al campo es también su novia. Cada informe, cada test, cada decisión… se considerará poco profesional. Y eso podría desacreditar a Zoe.

Siento que de pronto me falta el aire.

—Podría usarlo para decir que Zoe volvió por favoritismo, no por mérito. Que arriesga su cuerpo por el capricho de seguir siendo una estrella. Ya sabes, ese tipo de narrativa —añade, comiendo por fin un trozo de su cruasán. Es una mierda, lo sé, pero no solo te jode a ti. Le puede joder a ella la custodia.

—Puf —resoplo.

Jordan asiente lentamente con la cabeza.

—Así que piénsalo muy bien, porque hay muchísimo en juego. No hablamos solamente de si volvéis o no. No se trata de que le puedas romper el corazón de nuevo si lo hacéis. Todo se puede complicar mucho —me advierte.

Me quedo mirando mis manos. Tiemblo y mi mente se llena de recuerdos. El modo en que esas mismas manos recorrían su cuerpo desnudo mientras su espalda se arqueaba de placer. El calor en la nuca cuando me tiraba del pelo al hacer el amor. Sus uñas recorriendo mi espalda. Mi nombre en su boca cuando tenía un orgasmo.

Y el después: su silencio cargado de ternura. Sus mimos. Sus besos.

Jordan sigue hablando, pero su tono se vuelve más cercano.

—No podéis seguir fingiendo que no pasa nada. Tarde o temprano se os va a romper algo.

—¿Entonces qué hago?

—Yo no puedo decidir por ti, Tessa. Posiblemente debes reflexionarlo con calma y si queda algún sentimiento por Zoe, deberías hablarlo con ella. No te voy a pedir que lo decidas hoy. Cambiar su recuperación médica justo antes de la pretemporada sería una cagada. Nos vamos a Florida en dos semanas. Estaremos allí dos semanas y media, más o menos separadas de la prensa. Tienes poco más de cinco semanas.

—Cinco semanas —repito, como si fuese una condena.

—Cinco semanas para hacer un trabajo perfecto con su recuperación —insiste mientras me señala con el dedo—. Y para ser brutalmente honesta contigo misma. Cada decisión médica que debas tomar, pregúntate si sería la misma con cualquier otra jugadora.

—Puedo hacerlo.

—¿Puedes? —pregunta arqueando una ceja—. No hablo de lo obvio. Hablo de las pequeñas cosas. Lo que te dije antes. ¿Dejas que juegue un partido entero porque está lista… o porque te gusta verla sonreír? ¿La frenas porque lo necesita… o porque te aterra que le pase algo y sea culpa tuya?

Me falta el aire de nuevo.

—Si una sola vez la respuesta es "por mí", vienes a verme de inmediato —me advierte—. Y hablamos con Diana. Sin dramas. Con un plan. No quiero que todo esto salte por los aires.

De pronto, se pone en pie y se queda parada un segundo, como si quisiera decir algo más.

—Y Tessa… si en algún momento te das cuenta de que no eres objetiva, eso no es fracaso. Eso es que todavía queda algo. Y posiblemente es lo que Zoe necesita ver en ti.

Me deja ahí, con el olor a café y casi todo su cruasán sin tocar.

Y con mil preguntas en mi mente.

De vuelta en mi apartamento, me quedo de pie frente a las cajas sin abrir.

Ocho aún selladas.

Evidencia clara de que me cuesta demasiado quedarme. Ni en Seattle, ni en ningún sitio. Siempre lista para la próxima ciudad, el próximo reto, la próxima forma de no sentir nada.

El móvil vibra de nuevo, pero esta vez mi corazón se salta varios latidos.

Zoe: Tengo una vista previa con el abogado de Nate el jueves. No sé por qué te lo cuento. Supongo que… no tengo a nadie más a quien contárselo que de verdad lo entienda. Ignora este mensaje si quieres.

Mis dedos se mueven como si tuviesen vida propia, antes de que mi cabeza termine de procesarlo.

Yo: ¿quieres que te acompañe?

Los tres puntos aparecen. Desaparecen. Vuelven. El tiempo se estira como un chicle.

Entonces llega una sola palabra.

Zoe: sí.

Nada más. Y aun así mi corazón se acelera tanto que apenas puedo responder al mensaje.

Yo: cuenta conmigo. Allí estaré.

Dejo el móvil en la encimera. Voy a las cajas. Rompo el precinto de la primera. Libros, artículos, carpetas, mi vida empaquetada como si fuese algo provisional.

Empiezo a colocar los libros en la estantería vacía, uno a uno.

Cojo otra caja.

La abro.

CAPÍTULO 7

Zoe

Wesley aprieta un trozo de plátano en la mano y se lo reboza por la cara mientras se ríe.

—¡Mira qué bien come! —dice mi madre.

Para ella, cualquier cosa que haga su nieto es absolutamente perfecta.

El niño la mira y a continuación, hace una pedorreta que consigue que el poco plátano que habíamos conseguido meter en su boca salga volando hacia nosotras.

—Tengo que irme ya, mamá —anuncio, acercándome al bebé para besar su cabeza y quedarme un poco más de tiempo del necesario oliendo su champú.

—¿Estás nerviosa? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Estoy aterrorizada —suspiro.

Mi madre me abraza fuerte, como cuando era una niña y me daban ataques de ansiedad antes de los partidos importantes.

—Eres una madre maravillosa, Zoe —me recuerda, clavándome la mirada—. No dejes que nadie te diga lo contrario. Y mucho menos el imbécil de tu exmarido.

Cuando llego, Yvonne ya está en la sala. Revisa unos papeles como si los estuviese aprendiendo de memoria.

—¿Lista? —pregunta sin levantar la vista.

—Ya sabes que no.

—Bien. No importa —murmura, cerrando la carpeta—. Recuerda. Neutral, profesional, respuestas cortas. No dejes que te provoquen. El abogado de tu ex es un jodido capullo.

—Lo sé.

Yvonne alza la vista, y cuando Yvonne me mira de ese modo todas las alarmas se encienden en mi cabeza.

—Sabes que intentará que parezcas una mala madre. Egoísta. Alguien que pone su carrera profesional por encima del bienestar de su hijo. Ni se te ocurra perder los nervios.

—Puedo hacerlo —le aseguro.

—Puedes hacerlo. Y lo vas a hacer.

En la sala, Nate entra con su abogado, Matthew Harrington. Mi ex se ha vestido con un traje gris perfecto, planchado al milímetro, el pelo más corto y peinado que de costumbre. Parece sacado de un anuncio de esos donde se muestra una familia perfecta. El típico padre que colabora en casa, lava los platos y saca la basura. Todo lo contrario de lo que es en realidad.

Me mira tan solo un segundo. En sus ojos no hay tristeza ni nostalgia. Hay desdén.

Harrington, su abogado, es un cliché con patas: cincuenta y muchos, traje muy caro, reloj más caro aún, sonrisa de tiburón.

—Señorita Méndez —saluda, deteniéndose frente a mí.

Nos sentamos a la mesa. Yvonne a mi derecha. Frente a nosotras, Nate y su abogado.

La mediadora, una tal Patricia Roberts, ocupa la cabecera. Una mujer de sesenta y pocos, gafas finas, voz de profesora de instituto que no tolera tonterías porque ya ha visto demasiadas.

Abre una carpeta marrón para empezar y, justo entonces, la puerta se abre detrás de mí.

Pasos suaves sobre la moqueta.

No me giro. No hace falta.

Yvonne inclina la cabeza y su voz es apenas un susurro.

—¿Es amiga tuya? —pregunta.

—Sí, desde hace muchos años —admito.

Tessa se sienta al fondo, en una de las sillas apartadas. No puede hablar. No puede intervenir. Solo estar. Supongo que es suficiente, porque ha venido a apoyarme cuando más lo necesito.

La mediadora recita el procedimiento, nos informa de las diferencias entre mediación y juicio en este estado, nos asegura que debe velar por el interés del menor. Yo asiento porque se supone que es lo que tengo que hacer, pero tiemblo de la cabeza a los pies.

—Señor Harrington —comienza la mediadora—. Cuando quiera.

El abogado se pone en pie. Abre la carpeta como quien abre un ataúd para meterme dentro.

—Gracias, señora Roberts. Estamos aquí porque mi cliente, Nathan Henderson, tiene serias preocupaciones sobre la capacidad

de la señorita Méndez para ofrecer un entorno estable y consistente a su hijo Wesley.

Me clava la mirada.

Me señala sin señalar.

—Son preocupaciones basadas en un patrón de comportamiento que prioriza la ambición profesional por encima del bienestar del menor. No se trata de culpabilizarla —matiza, aunque sus palabras son puro veneno—. Como deportista de élite, siempre le han enseñado a poner su carrera por delante de cualquier otra cosa. Sea su salud, su matrimonio o, en este caso, el bienestar de su hijo. Supongo que es el precio a pagar por la fama.

Yvonne me aprieta la mano por debajo de la mesa. Se me escapa un soplido que espero que no sea demasiado evidente. Renuncié a mi carrera profesional cuando estaba en lo más alto porque Nate no podía esperar tres o cuatro años más para que tuviésemos un hijo. Amenazó con el divorcio y el divorcio vino de igual modo. Y me llaman egoísta.

—La señorita Méndez tiene el suficiente dinero como para retirarse y dedicarse a su hijo, pero ha decidido regresar a la competición lo que obliga a dejar al bebé con su abuela cada mañana, alterando sus rutinas de sueño y privándole del contacto con su madre. Y todo porque necesita volver a sentir los aplausos del público.

Cierro los puños y mi abogada me aprieta de nuevo la mano. Detrás de mí, la silla de Tessa cruje al moverse. Espero que con los años haya aprendido a controlar el genio que tenía cuando estábamos juntas.

—Un bebé de meses —añade—. Dejado cada día con su abuela mientras la señorita Méndez persigue… ¿un sueño que ya no regresará? Todo porque no admite que es el momento de retirarse. Imagino que la fama es una droga muy dura —ironiza con una sonrisa que me gustaría borrar de un tortazo.

No aguanto.

—Mi madre me cuidó ella sola y no tengo ningún trauma.

Yvonne me aprieta más fuerte. Cállate.

Los ojos de Harrington se iluminan, como si acabase de pescar algo.

—Veamos la agenda de pretemporada del club: dos semanas y media en Florida. Dieciocho días lejos del niño.

—Muchos padres viajan por trabajo —responde Yvonne.

—Cierto —admite Harrington, ladeando la cabeza—. Pero no muchos lo hacen pudiendo evitarlo, solo porque se niegan a aceptar que su carrera deportiva se ha acabado.

—Mi intención es llevarme a Wesley conmigo a Florida —respondo sin pensar.

—¿Un bebé viajando con un equipo de fútbol profesional? Muy adecuado todo.

Patricia Roberts levanta una mano.

—Señor Harrington. Esto es una mediación. Baje el tono y contenga la ironía.

—Por supuesto —se disculpa, aunque asiente satisfecho—. Tan solo establezco hechos relevantes.

—Wesley está sano, feliz y bien cuidado —rebate mi abogada —. Lo demás son interpretaciones.

Y las siguientes palabras consiguen que se me hiele la sangre.

—Hablemos de su trabajo de recuperación antes de volver con el equipo —propone, abriendo otro documento—. Tres sesiones por semana con la directora de servicios médicos del club, la doctora Tessa Marie Clark.

Mierda.

—Un currículum brillante, sin duda alguna —dice Harrington —. Múnich, Manchester, Barcelona… y regresa a Seattle justo cuando la señorita Méndez decide volver al juego. Justo cuando necesita que los servicios médicos no pongan ninguna pega sobre su condición física —agrega.

—La doctora Clark fue contratada por el club. No por mi clienta —protesta Yvonne.

—Qué casualidad, aun así —ironiza Harrington—. Señorita Méndez, ¿conocía de algo a la doctora Clark antes de su contratación por el club?

Joder, no pensé que sacarían ese tema. No le di ninguna importancia. Debí decírselo a Yvonne.

—Sí —respondo con un hilo de voz que apenas se escucha.

—¿Disculpe? Creo que no lo he escuchado bien.

—Fuimos juntas a la universidad.

—Claro, juntas a la universidad. ¿Compañeras de clase? No me imagino que tuviesen muchas clases en común, ¿verdad?

—No.

—Entonces… —Harrington hace una pausa dramática y se inclina hacia mí—. ¿Cuál era exactamente la naturaleza de su relación con la doctora Clark?

—Éramos pareja —suspiro.

Yvonne no cambia su expresión, pero su mano se tensa sobre la mía.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tres años.

—Entiendo —murmura el abogado, cerrando la carpeta muy lentamente—. Entonces, la persona que decide si usted es apta para volver al fútbol de competición, para viajar, para abandonar el cuidado de su hijo Wesley… es su exnovia, que casualmente viaja con usted a Florida durante dos semanas y media.

—La doctora Clark es una profesional impecable —protesta mi abogada, aunque no la conoce de nada.

—No lo dudo. Pero mi cliente afirma que fue precisamente ella la persona que llenó de sueños ambiciosos la cabeza de la señorita Méndez hace años. Quizá ahora está ocurriendo lo mismo.

Nate. Claro.

Pedazo de hijo de puta. Le hervía la sangre cada vez que nos veía juntas. No entendía por qué prefería a Tessa por delante de él.

—Señorita Méndez, ¿ha habido contacto no profesional entre usted y la doctora Clark desde que empezó la recuperación?

El beso me atraviesa la memoria como un flash: el frío del aire, el césped húmedo, su mano por debajo de mi sujetador

deportivo. El instante en el que el mundo se detuvo. Y lo rápido que la aparté de mí, como si quemase.

—No —miento.

—Objeción —protesta Yvonne, poniéndose en pie—. Esto es especulación sin contexto. Y roza el acoso.

Patricia Roberts levanta las manos.

—Basta. Descanso de quince minutos —anuncia, mirando fijamente a Harrington—. Cuando volvamos, hablamos de custodia. No de morbo.

La sala se vacía. Nate se va sin mirarme. Su abogado recoge sus papeles con movimientos lentos.

Yvonne se gira hacia mí en cuanto están lo suficientemente lejos como para que no nos escuchen.

—¿Hay algo más que deba saber? Porque me lo estás poniendo muy difícil, lo sabes, ¿verdad? —pregunta, con un tono de voz demasiado frío, mirándome directamente a los ojos.

—Lo siento —me disculpo—. Supongo que debí decirte lo de Tessa.

—¿Supones? ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque fue hace siete años. Porque terminó fatal. Porque... pensé que no tenía ninguna importancia ya.

—En estos casos, todo tiene importancia. ¿Hay algo más que pueda usar en tu contra? ¿Algo más reciente?

Pienso en el beso. Pienso en cómo Tessa me mira últimamente cuando cree que no la veo.

—No —suspiro, apretando las manos alrededor del borde de la silla.

Yvonne asiente.

—Voy a hacer una llamada a tu entrenadora. Sé que no quieres que la meta en todo esto, pero necesito el historial completo de tu exnovia. Y… Zoe, espero que sea intachable y no tengamos más sorpresas.

En cuanto sale por la puerta, se me escapan las lágrimas. No puedo evitarlo. Mi hijo es lo más importante para mí. Me dolería no volver a los terrenos de juego, pero si eso significa mantener la custodia y no dejar que Nate se acerque a él, estaría dispuesta a hacer cualquier sacrificio.

Escucho sus pasos acercarse. Lentos. Como si me diese permiso para pedirle que se largue.

No lo hago.

Se sienta a mi lado, no en el sitio de Yvonne. En la silla de al lado. Cerca, pero sin tocar.

—Debí suponerlo. Lo siento —suspira—. Nate siempre me odió. Pediré a Diana que me sustituya por otra persona y no iré a Florida con el equipo. Siento mucho haberte causado problemas —insiste.

—¡No! —gruño, pegando un manotazo en la mesa—. Si te retiras, dirán que tenían razón y que lo hicimos como algo premeditado. Dirán que no eres una profesional. Si vienes a Florida y continúas con mi recuperación, dirán que recibo trato de favor.

Pierdes igual. Pero te juro que les demostraré que puedo volver a ser la de antes en el campo.

—Está bien. ¡Que les den a esos putos capullos! Volverás incluso más fuerte que antes —me asegura.

Me rio y lloro al mismo tiempo. Ese "que les den" suena demasiado familiar. Íntimo. Como cuando éramos jóvenes y creíamos que el mundo se arreglaba a base de orgullo y muchos besos.

—Gracias por venir a apoyarme. Significa mucho para mí —murmuro, apoyando la cabeza en su hombro.

—Hace siete años no estuve cuando me necesitaste. Ahora sé que lo que me vendí a mí misma como la decisión correcta fue simplemente que me daba miedo.

—Tessa...

—Déjame terminar. Elegí Múnich, mi carrera, la huida. Tenía miedo de ti. De lo que me hacías sentir. De no ser suficiente. No te pido que borres de tu memoria estos últimos siete años, pero no voy a huir esta vez. Cuando toda esta mierda de la custodia se termine, te preguntaré si aún queda algo entre nosotras —agrega, besando mi frente y limpiando con el pulgar una lágrima que rueda por mi mejilla.

La puerta se abre y Tessa se separa al instante.

Yvonne entra con el móvil en la mano, su expresión casi satisfecha.

—Buenas noticias: tu entrenadora me confirma que el historial de la doctora Clark es impecable y muy brillante. Lo

presentamos luego. Harrington ha sembrado dudas, pero no tiene pruebas.

La mediación termina sin resolución. Patricia Roberts programa otra sesión para dentro de tres semanas y media, justo después de que volvamos de la pretemporada en Florida.

Nate sale primero, sin mirarme. Harrington le sigue con esa sonrisa de tiburón que me gustaría borrar a puñetazos y de paso romperle algún diente, aunque luego tenga que pagarlos.

—Zoe... ten cuidado en Florida —me recuerda mi abogada—. Nate buscará cualquier cosa que pueda usar en tu contra.

***

Esa noche, tras acostar a Wesley, me siento en el sofá con el portátil abierto y una lista de cosas que meter en la maleta.

Dos semanas y media en Florida. Pretemporada completa. Sol, entrenamientos dobles, algún partido y todas mis compañeras de equipo conviviendo en el mismo hotel junto al staff técnico. Junto a Tessa.

Y Wesley.

Porque no voy a dejarlo. No puedo. No puedo estar tanto tiempo sin verle, sin oler su pelo después del baño, sin escuchar esa risita cuando le hago pedorretas en la barriga...

No. Imposible.

El móvil vibra.

Tessa: ¿Cómo estás?

Miro el mensaje durante treinta segundos.

Yo: Haciendo la maleta. Wesley viene a Florida sí o sí.

Los tres puntos aparecen. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

Tessa: ¿Estás segura? Va a ser complicado.

Yo: Lo sé. Pero no puedo estar sin él tanto tiempo.

Pausa larga.

Tessa: Entonces lo hacemos funcionar. Le cuidaremos entre todas.

Sonrío a la pantalla. Primera sonrisa real desde esta mañana.

Yo: Gracias.

Tessa: No me las des todavía. Florida va a ser un infierno.

Yo: ¿Por el calor?

Tessa: Por todo.

CAPÍTULO 8

Tessa

En cuanto salgo del avión, el bochorno de Florida me pega una bofetada en la cara.

—Joder —gruñe alguien detrás de mí—. ¿Esto qué es aire o caldo de pollo?

No me giro. No hace falta. Ese tono de "lo digo yo. Solo porque existo y ya está" nada más que puede venir de Iris Vance.

Permanezco al pie de la escalerilla, a un lado, como si fuese una especie de maceta o algo así que han colocado junto al avión. Las chicas del equipo empiezan a bajar una a una, arrastrando maletas de mano, quejas y ojeras. Alguien decidió que viajar a las 7 de la mañana era buena idea. El sudor aparece antes de que pueda pensar en ello y la ropa se me adhiere a la piel.

Zoe baja la última.

Lleva a Wesley en una mochila portabebés, la bolsa de pañales colgando del hombro, y tira de una pequeña maleta con su mano derecha. La coleta impecable de hace unas horas se ha rendido y se le escapan mechones de pelo por todas partes, algunos pegados ya a su frente por el calor.

—Deja que te ayude —propongo, subiendo tres escalones para acercarme a ella.

—Estoy bien.

Lo dice demasiado rápido, con ese tono de cuando una jugadora te dice "no me duele nada" y al mismo tiempo se lleva una mano al muslo, así que decido no hacerle caso y quitarle la maleta de la mano.

Wesley me observa con sus enormes ojos marrones. Muy serio, como si estuviese considerando si debe darme un manotazo.

—Hola, jefe —murmuro—. No te preocupes, yo también odio esta temperatura.

El cambio con el aire acondicionado del autobús es radical. Hasta el bebé mira sorprendido hacia arriba, como si hubiese atravesado un portal a una dimensión diferente o alguien hubiese abierto la puerta de un congelador en mitad del infierno. A estas alturas ya huele a desodorante deportivo y a patatas fritas.

Desde los asientos traseros, Iris se levanta como si acabase de marcar gol en el último minuto.

—¡Ya está aquí el jefe! —chilla, cruzando el pasillo para acercarse al niño.

Zoe menea la cabeza y pone los ojos en blanco. En el avión, en una de las múltiples veces que se acercó para olerle la cabeza, hizo un comentario de que el crío parecía el jefe de la expedición. Al resto de las jugadoras les pareció muy divertido, y todas empezaron a llamarlo jefe, algo que a su madre no le hace mucha gracia.

Se inclina hacia Wesley. Cierra los ojos e inhala como una psicópata.

—Joder… me encanta cómo huele este niño —suspira—. ¿Puedo quedármelo?

—No —gruñe Zoe.

—¿Alquilarlo por horas?

—Vance, siéntate de una jodida vez, vamos a arrancar —grita la entrenadora desde el asiento delantero, sin ni siquiera levantar la vista de su tablet.

Iris finge poner un puchero, pero obedece. Incluso ella prefiere no discutir con Hades.

Decido sentarme cuatro filas más atrás. Distancia. Límites. Profesionalidad.

Aunque mis ojos se desvían constantemente a su reflejo en la ventanilla del bus durante todo el trayecto.

En el desayuno, el yogur que tengo delante no sabe a nada. Diana ha decidido empezar con una sesión matutina de entrenamientos, aunque la mayor parte de las jugadoras preferirían dormir un poco, de hecho, casi la mitad del equipo no ha bajado a desayunar.

El ruido cambia cuando entra Zoe.

Es algo sutil: varias conversaciones se detienen, un par de sillas crujen.

Zoe cruza el comedor con Wesley sobre la cadera. Pelo mojado. Ojeras. Camiseta del equipo.

—¡Siéntate a mi lado, Méndez! —grita Iris—. Te he reservado una silla. Dame al jefe, tú come, que necesitas recuperar energía —agrega, prácticamente arrancando al niño de sus brazos.

Wesley protesta un segundo, a continuación, decide que nuestra delantera estrella es aceptable y se entretiene tirándole de la coleta.

—¿Puedo cogerlo? —pregunta una de las jugadoras jóvenes, de esas que vienen a aprender y seguramente acabarán traumatizadas por las exigencias de Diana Creed.

—Lo tengo yo —gruñe Iris mientras le explica al niño algo sobre la importancia de empezar el día con un desayuno equilibrado.

***

Más tarde, en el gimnasio, los enormes ventiladores que empujan el aire no sirven para mucho, porque el sudor vuelve a pegarse a la piel en cuanto haces el más mínimo ejercicio.

Zoe está con Sara, la fisio principal del equipo. Tras el incidente con el abogado de Nate en la vista previa por la custodia, hemos decidido que debo intentar delegar todo lo que no sea absolutamente necesario. Por si acaso. Realiza un ejercicio de estabilidad, tiembla un poco en el último tramo y aun así insiste.

Siempre insiste.

Wesley permanece en su sillita en una esquina en la que el calor es más soportable, le hemos rodeado de juguetes de colores, aunque parece llamarle más la atención las máquinas y su sonido. Le ha tocado cuidarle a Jade, que lo vigila desde metro y medio de distancia, rígida como una estatua.

—¿Qué hago si llora? —pregunta preocupada cuando Zoe se acerca a darle un mimo a su hijo.

—Lo coges en brazos y le hablas o le cantas algo.

—¿Y si sigue llorando?

—Pues le sigues hablando mientras te mueves.

—¿De qué?

Zoe pone los ojos en blanco mientras el niño hace una pompa de saliva. Parece estar encantado con toda la atención que está recibiendo en la concentración de pretemporada.

Cuando me acerco a la sillita, Jade se pone tensa, como si fuese a robarle al bebé.

—Ya me encargo yo, puedes ir a entrenar —le indico, señalando con la barbilla hacia las mancuernas al tiempo que ella deja escapar un soplido de alivio.

Wesley me mira sorprendido, como diciendo "otra más que viene a jugar conmigo, estoy de suerte".

A continuación, gorgotea algo y agita los brazos hacia los juguetes.

—Parece que le caes bien —susurra Zoe, colocándose de pronto a nuestro lado.

—¿Tú crees?

—Se te dan bien los niños. Eso es un punto positivo a tu favor —añade con un guiño de ojo que me pone muy nerviosa—. Necesito un favor, ¿podrías encargarte de él durante la sesión de entrenamiento de la tarde? Le tocaba a Lucía, pero Hades ha

decidido probar un nuevo esquema táctico y la necesita en el campo —me explica.

Solamente asiento con la cabeza, encogiéndome de hombros y, antes de que me quiera dar cuenta, me encuentro con un bebé gateando por la colchoneta de la sala médica, mirándose de vez en cuando al espejo y sonriendo a su reflejo.

—Vale —susurro—. Tú y yo vamos a llevarnos bien.

Wesley parpadea, como si se lo estuviese pensando.

—Solo tenemos que sobrevivir las dos horas del entrenamiento.

A los cuarenta minutos, todo bien. Gorgoteos. Juguetes. Paz.

Se frota los ojos, pienso que se va a quedar dormido y… empieza a llorar.

Mierda.

No hay previo aviso, tampoco es un quejido. Es llanto real.

Hago una rápida comprobación.

Pañal: seco.

Biberón: lo rechaza de un manotazo como si le estuviese insultando.

Fiebre: no.

—Wesley, ayúdame. ¿Qué necesitas? —murmuro nerviosa—. Porque a mí, ahora mismo me gustaría tener un manual de instrucciones.

Lo cojo en brazos y llora más. Se me sube el calor por el cuello. Lo último que necesito es que Zoe lo escuche y abandone el

entrenamiento.

Música.

Dicen que la música amansa a las fieras.

Busco el móvil con torpeza, abro Spotify y pongo lo primero que me sale en la lista de reproducción.

Whitesnake. Is This Love?. Le doy al play.

Wesley se queda callado.

Me mira con los ojos aún húmedos. Silencio absoluto.

—Joder. Funciona de verdad —suspiro.

Nos mecemos despacio, siguiendo el ritmo de la música, y siento su cuerpo relajarse. Abre y cierra el puño sobre la tela de mi camiseta y va cerrando los ojos. Antes de que termine la canción, se ha quedado dormido con la cara aplastada contra mi clavícula. Llenando de baba mi camiseta.

Apenas me muevo.

No me atrevo.

Y tampoco quiero que termine.

Cuando la puerta se abre y Zoe asoma la cabeza, nos ve junto a la ventana, su hijo dormido en mis brazos y Whitesnake sonando bajito.

Sonríe, una sonrisa preciosa.

Se sienta en mi silla, apoya los codos en la mesa y entrelaza las manos, colocando la barbilla sobre ellas mientras nos observa, seguramente viendo algo que no esperaba ver.

—Cuando me dijiste que después de Florida me preguntarías si quedaba algo… —dice de pronto con un hilo de voz—. ¿Todavía vas a preguntarlo?

—Sí. Sin duda.

—¿Incluso sabiendo el trabajo que da este pequeñajo?

—Especialmente por eso.

Pone los ojos en blanco, sonríe y menea ligeramente la cabeza.

—Bien —susurra—. Porque creo que ya sé mi respuesta.

CAPÍTULO 9

Zoe

Han pasado cuatro días y el sistema de turnos para cuidar a Wesley funciona mucho mejor de lo que esperaba.

La propia Hades hizo una hoja de cálculo. Tiene colores y todo: verde para las disponibles, amarillo para las que pueden en caso de emergencia, rojo para las que están entrenando o en reuniones en ese horario.

—Es un poco obsesivo, si te digo la verdad —protestó Jade cuando la vio.

Esta mañana, el turno le toca a Iris, que parece encantada.

Ha colocado a Wes en una esquina del campo, bajo una carpa que le da sombra, y por si acaso, ha escondido cada centímetro de su piel bajo una montaña de crema solar.

—Día cuatro de la concentración —le dice al teléfono mientras graba un vídeo. Enfoca al bebé, que está mordiendo un juguete de goma y hace un nuevo comentario de lo bien que huele su pelo, llevándose una mano al pecho de manera dramática.

Es la hora de la siesta y Wesley no quiere dormirse. Esta semana, entre una temperatura más alta de la que está acostumbrado y la cantidad de compañeras que quieren tenerle en

brazos, cada vez le cuestan más las siestas. La pobre Iris ha probado de todo: el biberón, el chupete, el peluche del elefante rosa, Whitesnake.

Nada.

—Déjame a mí —murmura Lucía, quitándole al bebé de las manos.

Empieza a cantar. Algo en español. Una nana que no reconozco, con una melodía que sube y baja como las olas.

Wesley se calla.

La mira. Parpadea. Se le cierran los ojos.

Tres minutos. Dormido.

—Buah, ¿cómo coño has hecho eso...? Le has cantado un poco y tan amigos.

—Me la cantaba mi abuela cuando tenía pesadillas —explica Lucía mientras lo mece despacio.

—¿Qué dice la letra?

—Que la luna cuida a los niños que se portan bien. Y que a los que no se portan bien se los come un lobo.

—Joder, la gente de España sois un poco dramáticos —se queja Iris, llevándose una mano a la nuca mientras Lucía simplemente se encoge de hombros.

Wesley suspira en sueños.

—¿Por qué le hueles todo el tiempo la cabeza? —pregunta Tina, una de las chicas jóvenes que nos acompañan en la concentración.

—Buah, es que es como una droga. Huele a gloria.

—Es por el champú de bebé.

—No —protesta Iris, oliendo de nuevo el pelo de Wes—. Es magia. Magia de bebé. Me ha abierto los ojos a un mundo de olores que no conocía.

A media tarde, mientras Hades nos junta para explicar una jugada de estrategia, nos colocamos todas alrededor de ella, pero no puedo evitar echar un vistazo a mi hijo.

Tina le está sacando una foto mientras duerme, enfocando de fondo a Hades y las jugadoras y dejando atrás a Iris, que se ha tirado en el suelo justo al lado de Wes.

—Méndez —la voz de nuestra entrenadora me devuelve a la realidad—. ¿Estás con nosotras o en la luna?

***

Cuando llegamos a los vestuarios y las chicas más jóvenes cogen sus móviles, el revuelo es inmediato.

—¡Está precioso! —grita una de las jugadoras y todas comienzan a teclear.

Al parecer, Tina ha subido a Instagram la foto de Wesley dormido con el equipo de fondo.

"A Wes le aburre ver jugar a su madre 😴 ⚽ #PretemporadaFlorida" ha puesto en el pie de foto.

El post se llena de comentarios graciosos. Me quedo como una boba mirando la foto mientras Iris protesta porque ella no ha salido.

Es sencillamente perfecta.

Tessa

Los problemas llegan antes de que salga el sol.

El móvil no para de vibrar en la mesilla. Lo cojo con los ojos medio cerrados, tratando de ajustarme a la luz. Seguramente será algún grupo de WhatsApp que se ha vuelto loco, por la hora, probablemente en Europa, tengo que acordarme de quitar las notificaciones. Pero cuando la pantalla se ilumina, me dan ganas de vomitar.

Instagram. Twitter. Mensajes directos. Llamadas perdidas.

Joder.

Abro Instagram primero.

"¿Prioridades? Zoe Méndez deja a su bebé SOLO junto al campo mientras entrena" dice un influencer deportivo con más de un millón de seguidores.

Es la foto de Tina.

Ahí está Wesley. Dormido en su sillita. Solo. Junto a un banquillo vacío. Con el equipo de jugadoras al fondo, lejos, como si nadie le prestara atención. Hasta le han puesto una flecha roja señalando a su madre para que a nadie le quepa ninguna duda.

—Me cago en la puta. Joder —mascullo entre dientes.

Voy deslizando el dedo por los cientos de comentarios.

"Madre negligente".

"Está obsesionada con su carrera deportiva, como todas".

"Ese niño merece algo mejor".

"¿Dónde están los servicios sociales cuando se necesitan?".

"Típico de estas futbolistas que creen que pueden tenerlo todo y solo piensan en ellas mismas y su fama".

Cierro Instagram. Abro Twitter.

Hashtag en tendencias: **#MadreDelAño**

Lo que nos faltaba.

No es un cumplido, por supuesto.

Busco el nombre de Zoe.

Error. Grave error.

"Con esa foto, Zoe Méndez confirma que su carrera es más importante que su hijo".

"El problema de las madres que no saben parar".

"¿Para qué quiere tener un hijo si luego no va a cuidarlo?".

"¿Por qué no se retira de una vez?".

Y entonces lo veo.

Una declaración. De Nate Henderson. A un importante medio deportivo.

"Me preocupa profundamente el bienestar de mi hijo. Estoy evaluando las opciones legales con mi abogado.".

Tiro el móvil sobre la cama.

—Hijo de la gran puta.

Me pongo una camiseta y salgo corriendo al pasillo en dirección a la habitación de Zoe.

Llamo a la puerta con cuidado por si está dormida. Una vez. Dos.

Nada.

—Zoe. Soy yo —susurro.

Silencio.

—Zoe, sé que estás ahí. Abre, por favor —insisto.

Más silencio. A continuación, pasos. El sonido de la cerradura.

La puerta se abre cinco centímetros y se me cae el alma a los pies al ver sus ojos.

—Lo has visto, ¿verdad? —pregunta, y su voz suena completamente rota.

—Sí.

—¿Todo?

—Suficiente —suspiro—. ¿Puedo pasar?

Wesley duerme en su cuna. Ajeno a todo lo que está ocurriendo en internet. Zoe no para de llorar.

—Lo dejo. No voy a seguir entrenando. No puedo más. Se supone que iba a ser algo divertido, y mira cómo ha acabado… ¿Cómo coño ha pasado esto, Tessa? —pregunta, dejándose caer en la cama y pasando ambas manos por el pelo—. Era una foto graciosa. Una broma. Tina solo quería...

—Lo sé.

—Iris estaba ahí. ESTABA AHÍ. Sentada con el bebé. Con agua. Con sombra. Con crema solar. Con todo.

—Lo sé.

—Y ahora todo el mundo piensa que soy una madre de mierda que abandona a su hijo de diez meses para jugar al fútbol —

solloza.

—Zoe, sabes que eso no es verdad y ...

—Y Nate. A ese cabrón le ha faltado tiempo para hablar con la prensa. Dice que está evaluando opciones legales junto a su abogado. Va a usar esto. Lo sabes, ¿verdad? Lo va a usar contra mí. Para la custodia.

—Vamos a arreglarlo —le aseguro, acostándome a su lado sobre el colchón.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía. Pero vamos a arreglarlo. Te lo prometo.

CAPÍTULO 10

Tessa

Diez minutos más tarde, alguien aporra la puerta como si intentase echarla abajo.

—¡Méndez! ¡Abre! ¡Emergencia!

Zoe ni se mueve.

—Ya abro yo —anuncio.

Iris entra como un huracán. Pelo revuelto. En pijama. Sin zapatos.

—Joder, ¿habéis dormido juntas? —pregunta, deteniéndose en seco al ver que estoy en bragas, solamente cubierta con una camiseta y sin sujetador.

—Acabo de llegar —protesto.

—Buah, vale, qué susto. Pero no pasa nada, ¿eh? Que por mí podéis hacer lo que queráis y todas tan amigas —de pronto, cambia de conversación, como si se hubiese acordado del motivo por el que venía—. Bueno, ¿habéis visto toda esa mierda que han publicado en las redes sociales?

—Iris, no es el momento, ya lo hemos visto y...

—Cállate un segundo, que estoy pensando —me interrumpe, llevándose la mano derecha a la barbilla de un modo casi teatral—. Buah, esto es gordo. Pero no imposible.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Zoe desde la cama.

—Voy a destrozarles la vida. Virtualmente hablando, claro —anuncia, sacando su teléfono móvil del bolsillo del pijama—. Tengo material, Méndez. Tengo MUCHO material. Vídeos y fotos guardados de toda la jodida semana. Varios vídeos del jefe bajo la carpa de sombra, con el biberón, conmigo al lado abanicándole como si fuese un faraón egipcio.

—¿Has grabado todo eso?

—Claro. Es mi colección privada de contenido del jefe. Ojalá pudiese embotellar el olor de su pelo.

Zoe se incorpora de golpe.

—¿De verdad tienes vídeos donde se ve que estabas ahí?

—Tengo vídeos donde se ve que estaba allí junto a él, que había sombra, que había agua, que le puse protector solar tres veces, que le canté una canción de cuna que me inventé sobre la marcha y que era bastante mala, pero funcionó —hace una pausa para tomar aire—. Tengo de todo.

—¿Y qué hacemos con eso?

—Subirlo —responde con una amplia sonrisa—. Subirlo y ver cómo ese puto buitre de tu exmarido se traga sus palabras.

***

Media hora más tarde, estamos en la habitación de Iris.

Está hecha un auténtico desastre. Ropa por todas partes. Varias botellas de agua vacías tiradas por el suelo. Unas bragas negras colgando de una silla.

—No son mías, es que anoche tuve visita. No me juzgues —se apresura a aclarar.

—No he dicho nada —le recuerdo, alzando las manos.

—Tu cara dice mucho —bromea mientras se sienta en la cama con el móvil—. Vale. Vamos a ver lo que tenemos. De hecho, ya estaba preparado para subir a las redes en cuanto me dieses tu visto bueno como madre. Hasta había escrito los pies de foto.

Empieza a pasar vídeos.

Wesley bajo la carpa de sombra. Iris a su lado con la revista. El biberón de agua junto a la sillita.

"El jefe supervisando el entrenamiento. Sigue sin aprobar el nivel de rondos de este equipo." Dice el comentario que le puso.

Otro vídeo. Iris abanicándolo.

"Treinta y dos grados y el jefe tan fresco. Los privilegios de la realeza."

Otro. Iris recolocándole el gorrito para que no le dé el sol.

"Protección solar reaplicada. Hidratación al día. El jefe vive mejor que yo. Buah, qué injusticia. Pero qué bien huele. Es pura gloria."

—Tienes literalmente horas de material —me sorprendo.

Justo en ese instante, llaman a la puerta y Tina entra llorando desconsolada.

—Lo siento. Lo siento mucho, de verdad. Yo no quería... solo era una broma... no pensé que... la he cagado a lo bestia…

—Eh, concéntrate y deja de llorar —ordena Iris, cogiéndola del brazo y tirando de ella para meterla en la habitación—. ¿Tienes vídeos, fotos? ¿Algo que grabases antes de la foto?

—No... yo solo hice esa...

—Vale. Entonces vas a grabar algo ahora.

—¿Qué?

—Un vídeo explicando lo que pasó de verdad. Que yo estaba ahí. Que era una broma. Que han sacado la foto de contexto. Todo eso.

Tina la mira con ojos de cervatillo asustado.

—¿Y si eso lo empeora?

—No veo cómo lo puede empeorar, la verdad. Ya está todo bastante jodido —corta Iris, encogiéndose de hombros mientras le pone el móvil en la mano—. Tú grabas tu parte. Yo grabo la mía. Y vamos a enterrar a esos buitres. ¿Entendido? Luego pediremos por el chat del equipo que revisen todas las fotos y vídeos que tengan el resto de las jugadoras.

Tina asiente. Despacio. Sin dejar de llorar.

—Buah, pues venga. Vamos a hacer historia.

***

El vídeo de Iris dura cuarenta y siete segundos.

Está sentada en su cama. El pelo suelto. Sin maquillaje. Claramente recién levantada. Al menos la hemos convencido de que

se ponga una sudadera del club y no salga en pijama.

Habla directa a cámara.

"A ver, buitres y haters de internet. Voy a explicar esto una sola vez. Esa foto está sacada de contexto. Yo estaba *ahí. Sentada a su lado. Vigilando. Con agua, con sombra, con protector solar, con todo lo que un bebé necesita. Wesley es el bebé más cuidado de este puto planeta porque tiene a su madre y a otras 32 madres adoptivas contando a las jugadoras y al equipo técnico. Sí, incluso Hades, perdón, Diana, ayuda a cuidarle y hasta ha diseñado una hoja de cálculo.*

Quien use a un niño para hacer daño a su madre es escoria.

Aquí os dejo las pruebas.

¿Lo veis? Ahí estoy yo. Con el jefe. Haciendo mi trabajo de tía honoraria.

Fin del comunicado. Id a joder a otra parte. Si alguien quiere hacer daño a Zoe, primero tendrá que pasar por encima de mi cadáver. Y tan amigos."

Lo comparte con su algo más de un millón de seguidores.

En diez minutos tiene cuarenta mil likes y muchos más comentarios de apoyo de los que podemos contar.

***

El de Tina es muy diferente.

Solloza al hablar, pero se mantiene bastante entera. Explica el contexto de la foto, cómo Iris estaba a su lado, cómo todo el equipo hace turnos para cuidar al bebé cada minuto del día. Les cuenta que

Zoe es una madre maravillosa y lo mucho que apoya a las jugadoras nuevas. No dura mucho, pero es muy emotivo.

Cinco minutos más tarde, Lucía comparte el vídeo de Iris: "*Mi equipo. Mi familia.*"

Una a una, todo el equipo sube algún vídeo de apoyo, incluso Hades.

Los comentarios llegan por miles, hasta de gente que no sabe nada de fútbol femenino.

"Iris Vance presidenta"

"Eso es un equipo de verdad"

"Hay que proteger a las madres. Esa chica es un ejemplo"

"Que alguien le dé un premio a esa rubia. ¿Cómo se llama? ¿Iris Vance?"

El entrenamiento de la mañana se suspende. Nos apiñamos en la habitación de Iris, ponemos música, todo el equipo se va turnando para coger en brazos a Wesley, y Zoe recibe más abrazos y palabras de ánimo que si hubiese ganado la final de la Copa del Mundo.

***

A las diez de la noche, Wesley por fin se duerme. Con tanto ajetreo, no había manera. Para él, el día ha sido una auténtica fiesta. Para su madre, no tanto.

Me siento con Zoe en su cama, ambas con la espalda contra el cabecero, nuestros hombros tocándose.

Ha sido un día agotador. Se nota en el silencio. En la forma en que ninguna de las dos tiene energía para fingir que esto es normal.

—No ha pasado ni una semana de pretemporada y esto está siendo una locura —suspira Zoe.

—Los días que quedan los pasamos juntas —digo sin pensar.

—¿Qué?

—Lo digo en serio —le aseguro.

—No podemos, Tess. Después de lo de la foto, si... si Nate descubre lo nuestro...

—¿Cómo va a descubrirlo?

—Tessa, estás en mi habitación. A las diez de la noche. En bragas.

—Medio equipo ya piensa que nos estamos acostando —replico.

Zoe se gira hacia mí de golpe. Abre la boca. La cierra. La abre de nuevo, pero las palabras no salen de su garganta.

—¿Qué has dicho?

—Iris me lo contó esta mañana —confieso, encogiéndome de hombros—. Al parecer, hay una apuesta y todo.

—¿Una apuesta?

—Lucía dice que llevamos liadas desde Seattle. Jade dice que fue en el avión. Iris dice que todavía no ha pasado nada pero que es cuestión de días. Esta mañana pensó que había perdido la apuesta.

—Joder —suspira.

—El equipo guarda los secretos, Zoe. Llevan una semana turnándose para cuidar a Wesley. Hoy han ido a la guerra por ti en las redes sociales. No van a traicionarte con un cotilleo —le aseguro.

—Pero tu trabajo...

—Sara lleva tu recuperación. Oficialmente, yo no tomo ninguna decisión sobre tu caso de manera individual. Todo está documentado. Órdenes de Diana.

—¿Por qué estás tan tranquila? —pregunta de pronto—. Esta mañana estabas tan asustada como yo.

—Porque esta mañana pensaba que estabas sola. Y no lo estás. En absoluto —agrego, cogiendo su mano entre las mías para apretarla.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás sola?

—Llevo siete años sola —admito, bajando la voz hasta convertirla en poco más que un susurro—. Siete años huyendo. De ciudad en ciudad. De equipo en equipo. Diciéndome que era ambición, que era mi carrera profesional para ser la mejor en mi especialidad, que era lo que tenía que hacer.

—¿Y no lo era?

—Era miedo —reconozco—. Miedo de esto. De ti. De lo que siento cuando estoy contigo.

—Tessa...

—Estoy cansada de huir. Estoy cansada de tener miedo. Estoy cansada de despertarme cada mañana pensando en ti sin tenerte a mi lado.

—¿Y ahora? —pregunta.

—Ahora me quedo. Pase lo que pase. Me quedo —repito, asintiendo lentamente con la cabeza—. Y si puedo quedarme en medio de un escándalo en internet, una demanda de custodia y una posible queja ética contra mí... imagina lo que puedo hacer cuando las cosas estén tranquilas.

Zoe suelta una risita y pone los ojos en blanco.

—Eres idiota —bromea, mirando nuestros dedos entrelazados.

—Probablemente.

—Esto no sale de aquí hasta que Yvonne dé el visto bueno. ¿De acuerdo?

—Totalmente de acuerdo.

—Y si mañana te arrepientes... —de pronto duda, haciendo una pausa como si no quisiese seguir hablando— me lo dices. Pero no desapareces. Simplemente me lo dices y lo hablamos.

Me giro hacia ella y acuno su cara, acariciando sus pómulos con los pulgares.

—Esta vez no desaparezco. Si me asusto, te lo digo. Pero no huyo.

Nos quedamos en silencio, como si cada una de nosotras estuviese meditando todo lo que acaba de ocurrir.

Y entonces me besa.

No es como el beso en el campo de entrenamiento. No es robado, tampoco impulsivo. Ni siquiera es urgente o pasional.

Es una elección.

Se inclina despacio y la encuentro a medio camino. Sus dientes mordiendo con suavidad mi labio inferior. Las manos enredadas en mi melena.

Cuando nos separamos, apoya la frente sobre la mía y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede escucharlo el resto del equipo desde sus habitaciones.

—Esto es una locura —admite con un suspiro.

Wesley hace un ruidito en la cuna. Protesta un poco, seguramente soñando con todas las cosas que han pasado esta semana. Nos reímos y Zoe se levanta para colocarlo entre nosotras.

—Esta noche, solo dormir —bromea, encogiéndose de hombros.

—Solo dormir —repito como una boba.

—Siete años separadas —murmura de pronto.

—Siete años.

—Qué idiotas.

Wesley abre los ojos, me mira sorprendido un instante, estira la mano y me aprieta la nariz.

—Creo que le gusto —digo muy bajito, acariciando la mejilla del niño.

—A su madre también —añade Zoe, tirándome un beso.

A continuación, sonríe, Wes se queda dormido y yo cierro los ojos.

Escucho sus respiraciones y, mientras me voy quedando dormida, pienso que esto no es perfecto, pero no lo cambiaría por

nada.

CAPÍTULO 11

Zoe

Aterrizar en Seattle desde Florida es casi como viajar a otra dimensión. La lluvia nos recibe como una vieja amiga. Atrás quedaron el sol de Orlando, su calor pegajoso, el aire acondicionado y los cielos azules. Seattle en esta época del año es gris, húmedo y frío.

Wesley protesta en el portabebés. No le gustan nada las pocas gotas de agua que le han caído en la cara al salir del aeropuerto y me lo hace saber de un modo muy elocuente.

—A ese crío se le empieza a pegar el carácter de Iris, yo que tú tendría cuidado —murmura Hades cuando pasa a mi lado.

Pero lo que más duele es bajar del avión a quince metros de Tessa y fingir que somos dos desconocidas después de haber pasado la segunda semana de la concentración durmiendo juntas. Habla con Sara sobre algo que parece importante. Apenas me mira. Distancia profesional, como acordamos.

Los siguientes días se convierten en una rutina extrañamente reconfortante. Entrenamientos por la mañana con el resto del equipo mientras Wesley se queda con mi madre. Comidas con ellos, siesta,

y a veces, sesión de recuperación o nuevo entrenamiento por la tarde.

Sara lleva mi rehabilitación de manera oficial. No queremos problemas. Tessa supervisa desde lejos, siempre profesional, siempre correcta. Comentándolo todo con el equipo técnico. Hades insiste en documentarlo todo y estar al corriente de cualquier decisión. Conociendo al gilipollas de mi exmarido, seguramente tiene razón.

Pero agota fingir que no pienso en ella de continuo. Cruzarse en las instalaciones del club y resistir a la tentación de llevarla a algún sitio íntimo, arrancarle la ropa a mordiscos y hacer el amor.

El jueves por la tarde, cuando estoy a punto de irme, Hades me detiene cogiéndome por el codo antes de que pueda salir.

—Zoe. Un momento.

Se me hiela la sangre. Nunca es buena señal cuando quiere hablar a solas. En cuanto a la expresión de su cara, es difícil de interpretar, pero siempre lo es.

—¿Pasa algo? —pregunto con precaución en cuanto entramos en su despacho y cierra la puerta.

—Es mejor que te sientes —responde, señalando con el dedo índice hacia una de las sillas frente a su mesa.

Mala señal.

—No me vais a renovar, ¿verdad? —murmuro.

—¿Qué? Joder, Zoe, que llevas muchos años en esto. Ni siquiera ha empezado la temporada, no tengo ni idea de si te voy a renovar o no. De momento, te estás adaptando muy bien al ritmo de

entrenamientos. No eres la centrocampista más rápida del equipo todavía, pero sí la más inteligente. No tiene nada que ver con esto. Es otra cosa.

—Pues tú dirás —digo, encogiéndome de hombros sin saber si debo estar más o menos preocupada que con la opción que había pensado.

—¿Has hablado con Tessa esta mañana?

—¿Sobre qué?

—Sobre una queja ética que ha recibido.

—¿Qué? ¿Qué es eso de una queja ética? —pregunto confusa.

—Ha llegado una queja anónima a la liga alegando una relación inapropiada entre un miembro del staff médico y una jugadora del equipo. Conflicto de intereses y toda esa mierda. Posible favoritismo en las decisiones médicas y bla, bla, bla. Las típicas gilipolleces —gruñe Hades que seguramente tendrá que redactar algún informe y es algo que odia hacer.

—Diana, yo...

—A mí no me des explicaciones —me corta, levantando la mano—. Lo que haya o no haya entre vosotras no es asunto mío mientras no afecte al equipo. Por mí, podéis follar todo lo que quieras mientras no te canses, pero necesitas saber que esto puede complicar las cosas.

—Joder —resoplo.

—Exacto.

Me paso las manos por la cara. Nate. Tiene que ser Nate. Después de lo de Florida, después de que Iris y las demás jugadoras

destrozasen su versión de los hechos en las redes sociales... esto es su venganza.

—¿Puedo hablar con ella?

Diana me mira durante un buen rato, como si estuviese meditando si es una buena idea.

—Está en su despacho. Pero Méndez... ten cuidado. Lo que hagáis fuera de aquí es cosa vuestra. Aquí dentro, en las instalaciones del club, quiero distancia. Esa denuncia anónima no tiene potencial de llegar a ningún sitio, aunque no quiero que afecte a tu juicio por la custodia del peque.

—Entendido.

***

Al llegar, Tessa está sentada en su silla, revisando los informes médicos del equipo.

—¿Ya te lo ha contado Diana? —inquiere, aunque sabe perfectamente la respuesta.

—Ha sido Nate —le aseguro.

—Es lo más probable, pero al ser una denuncia anónima, nunca lo sabremos con certeza.

—Sé que ha sido él —insisto.

Tessa suspira. Se frota los ojos con los dedos. El gesto la hace parecer más joven, más vulnerable. Más humana. Es el mismo gesto que hacía en la universidad, cuando estaba preocupada por algún examen.

—¿Qué significa esto? —pregunto, bajando el tono de voz—. Para ti, quiero decir.

Se encoge de hombros y hace un gesto como indicando que es una gran mierda, pero que habrá que lidiar con ello.

—Significa que voy a ser investigada. Que revisarán cada decisión que tomé sobre tu caso desde el primer día. Cada informe. Cada autorización. Cada vez que decidí que estabas lista para dar un paso más en tu recuperación. Ya sabes, ese tipo de cosas.

—No encontrarán nada. Has sido impecable con tu trabajo.

—He sido todo lo profesional que he podido con la parte médica, pero lo otro… —se detiene, hace una pausa demasiado larga y se nota a la legua que está preocupada.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¿Lo peor? Si prueban favoritismo, suspensión temporal. Advertencia permanente en mi expediente. Mi reputación cuestionada en cada trabajo futuro. Años de carrera construida con cuidado, tirados a la basura.

—No te estás planteando irte a otro club, ¿verdad? Por favor, dime que ni se te ha pasado por la cabeza —suplico, sintiendo que se me forma un nudo en el estómago.

—No.

Una sola palabra. Pero la dice con tanta convicción que casi me hace temblar.

—Te prometí que esta vez sería diferente, y por una vez en mi vida, quiero cumplir esa promesa.

—Tessa...

—Déjame terminar, por favor —suspira, cogiendo mis manos por encima de la mesa para apretarlas ligeramente—. Tengo miedo.

De la investigación. De lo que pueda pasar con mi carrera. Pero, sobre todo, de que afecte al juicio por la custodia de Wes. De joder esto y perderte para siempre. Pero el miedo ya no es suficiente razón para irme. Ya no funciona. Ya no quiero que funcione.

—¿Quieres hacerme llorar?

—Eres tonta. Nos vemos esta noche en tu casa —me recuerda con un guiño de ojo.

***

Tessa aparece a las ocho de la tarde con un túper lleno de comida.

Wesley deja de gatear y levanta la cabeza. Al verla, se sienta y alza los brazos para que le coja en cuello. Desde que hemos vuelto de Florida apenas quiere estar ya en su sillita. O gatea o pide que le cojan en brazos. No hay término medio.

Nos sentamos en el sofá del salón, mi cabeza apoyada en su hombro mientras el niño juega con su pelo y parece fascinado con los mechones que se escapan entre sus dedos. Ella ni siquiera intenta detenerlo.

—¿Esperas a alguien a estas horas? —pregunta cuando suena el timbre de la puerta.

Y cuando abro, no puedo evitar llevarme una mano a la frente.

Iris aparece con una diadema en la que han colocado dos antenas, con una botella de vino tinto y un globo que dice "Feliz jubilación".

—Si esto es una indirecta estás jodida, porque no pienso retirarme este año. Además, ¿quién te va a dar más pases de gol que yo? —protesto.

—Era el único globo que quedaba en la tienda. Espera, el jefe no sabe leer todavía, ¿no?

—Tiene diez meses —le recuerdo.

—Pero es muy listo. Yo qué sé, no sé nada de críos, aunque tiene sentido que no sepa leer. ¡Dámelo! —exige, prácticamente quitándole a Tessa el bebé de las manos.

Lo bueno que tienen las visitas inesperadas de Iris es que se tira en el suelo a jugar con Wes, le deja agotado y a nosotras nos permite cenar mucho más tranquilas.

—¡Gol! A ver cómo lo dices —insiste una vez más—. Qué mierda que mi nombre sea tan complicado para un bebé, me hubiese gustado que fuese su primera palabra —se lamenta.

Tessa pone los ojos en blanco.

—¿Lo habéis oído? —grita—. Lo ha dicho.

—Ha dicho "bo" —rebate Tess.

—Buah, claro que no. Ha dicho "gol" claramente. Si no me creéis, tan amigas, pero lo ha dicho.

Wesley le tira de la coleta. Iris ni se inmuta. Está muy ocupada oliéndole la cabeza.

—Tiene que dormir —le recuerdo.

—¿Me estás echando?

—Si se le pasa la hora, es imposible dormirle —insisto.

—Ya, ya, vale, lo pillo. Necesitáis que esté profundamente dormido para… —se detiene para hacer un gesto con los dedos.

—Lárgate, Iris. Y no llegues tarde al entrenamiento si no quieres que Hades te asesine. Con la vida de fiesta que llevas no sé cómo sigues metiendo goles, de verdad.

—Ah, si Nate intenta joderte, me lo dices. Conozco gente —añade bajando la voz—. Gente que sabe cosas…

Sé que es puro teatro, que Iris Vance es incapaz de hacer daño a una mosca a pesar de toda su fachada de chica dura. Pero también sé que movería cielo y tierra por ayudarme.

—Gracias, Iris. Ahora, lárgate.

—Buah, no me las des. Solo cuídate, ¿vale? —agrega, pegándome un golpe suave en el hombro—. Y cuida a la doc. Es maja. Me cae bien. Y solo para que lo sepas, eres muy egoísta con el niño. Deberías aprender a compartir más —protesta con una sonrisa antes de decirnos adiós.

Wes tarda veinte minutos en quedarse dormido, protesta cada vez que intento dejarlo en la cuna, como si supiese que esta noche es especial y quisiera ser parte de ella. Al final, Tessa tararea algo, no sé qué, alguna melodía que no reconozco, y el crío se rinde.

—Esa Iris es... —hace una pausa, buscando las palabras adecuadas mientras comienza a desnudarse— interesante.

—Es un desastre con forma humana —reconozco, mordiéndome el labio inferior y sin poder apartar la vista de sus pezones.

—Se nota que te quiere.

—Sé que puedo contar con ella y con el resto del equipo —susurro, cogiendo la mano de Tessa para llevarla a la cama.

CAPÍTULO 12

Tessa

"Necesitamos hablar. Cara a cara. Elige el lugar."

El mensaje llega de un número desconocido, pero no hace falta ser un genio para saber que lo envía Nate.

Me quedo mirando la pantalla durante al menos un minuto entero. El café que acabo de prepararme se enfría sobre la mesa, olvidado. Fuera, Seattle amanece gris, como casi siempre en esta época del año.

Podría ignorarlo. Borrar el mensaje. Fingir que nunca llegó.

Es más; debería hacer justamente eso.

Pero necesito saber qué está tramando. Necesito entender a qué nos enfrentamos.

Escribo la respuesta antes de poder arrepentirme.

Yo: The Greyline. Capitol Hill a las 10.

Es un lugar público, muy concurrido. Con testigos en abundancia.

No es que le tenga miedo, pero prefiero tomar precauciones. Si Nate Henderson quiere guerra, al menos que sea en un territorio neutral.

***

La cafetería tiene ese ambiente hípster de Seattle. Bien decorada, cuidando los detalles. Unas seis personas hacen cola para pedir mientras todas las mesas junto a la ventana están ya ocupadas por gente con portátiles y auriculares.

Nate ya está aquí.

Se ha sentado en una mesa discreta, al fondo. Traje gris sin corbata. Pelo perfectamente peinado. Tiene ese estúpido gesto que estoy segura de que ensaya cada mañana frente al espejo, algo que se supone que debería volver locas a las mujeres, aunque a mí me provoca ganas de vomitar. Es la típica persona que te dice lo maravillosa que eres mientras te apuñala por la espalda.

Cuando me ve, sonríe como si no me odiase a muerte.

—Tessa. Gracias por venir —saluda, extendiendo la mano.

No se la cojo.

Me siento y le clavo la mirada.

No pierde la sonrisa, todo lo contrario. Cruza las manos sobre la mesa, relajado, como si fuese una reunión de dos viejos amigos para ponerse al día en vez de una jodida emboscada.

—¿Has puesto tú la queja anónima al comité de ética de la liga? —suelto sin más.

—Veo que sigues siendo tan directa como siempre —dice, alzando las cejas—. Está bien, me gusta. Casi lo prefiero. Como tú misma acabas de decir, es anónima. No es que sepa de qué estás hablando, por supuesto —ironiza mientras se reclina en la silla,

cruzando los brazos detrás de la nuca como si estuviese tomando el sol.

Dudo entre llamarle gilipollas o tirarle su taza de té a la cara. Al final, me conformo tan solo con poner los ojos en blanco y resoplar.

—¿Sabes por qué me casé con Zoe? —inquiere con un gesto de desdén.

—¿Por su dinero?

Suelta una risita. Todos lo sabemos. Eso y que le abrió muchas puertas para prosperar como periodista deportivo, pero intenta disimularlo.

—Tú le jodiste la vida y necesitaba a alguien que la hiciese feliz.

—Pues ya veo lo bien que funcionó —bufo.

—Bueno, duramos unos seis años, al fin y al cabo. Aunque todo se acaba.

Prefiero no imaginar lo que tuvo que ser para Zoe la vida con este miserable. Se aprovechó de que estaba en su momento más bajo y eso fue culpa mía. Coloco las manos en mi regazo y las entrelazo para que no vea que estoy temblando ligeramente.

—¿Sabes cuándo supe que había fracasado? —continúa.

No quiero saberlo. No quiero escucharlo. Pero supongo que no tengo otra opción.

—Ilumíname.

—En nuestra luna de miel.

—¿En vuestra luna de miel? ¿Estuviste seis años con ella y te diste cuenta en vuestra luna de miel? —no salgo de mi asombro, pero a Nate parece hacerle mucha gracia.

—Fuimos a Isla Mauricio. Fue elección suya, al fin y al cabo, era Zoe quien pagaba —explica, haciendo una pausa algo dramática para beber un sorbo de té—. Había un partido de fútbol femenino en la televisión del bar del hotel. Eran dos equipos alemanes, ni siquiera los recuerdo. Ya sabes que, aunque sea periodista deportivo, odio el fútbol femenino. Estábamos sentados juntos, recién casados, se suponía que era el momento más feliz de nuestras vidas.

—¿Puedes ir al grano, por favor?

—El equipo para el que trabajabas marcó el primer gol. A ella se le dibujó una sonrisa y, ¿sabes cuál fue su primer instinto? Coger el móvil.

—¿Coger el móvil? —repito confusa.

—Sí, coger el móvil y entrar en tu cuenta de Instagram para ver si habías dejado un mensaje. Entre vosotras no hablabais, pero varias veces al día tenía que coger el puto móvil y revisar tus redes.

Trago saliva. Yo hacía exactamente lo mismo.

—Se había casado conmigo, se había puesto mi anillo… y aun así, todavía te seguía buscando —añade con un gesto de desprecio, como si no pudiese comprender por qué.

Parpadeo. Me niego a que mis ojos se humedezcan lo más mínimo, no pienso darle esa satisfacción, pero se me revuelve el estómago.

—En el fondo, fui su premio de consolación, Tessa.

—No te fue mal. Supongo que te vino muy bien para abrirte camino como periodista deportivo, ¿no? Al fin y al cabo, estar casado con una estrella del fútbol debe servir para algo —ahora es mi turno de contraatacar.

Le ha dolido. Ha torcido el gesto. Solo un momento, se recupera rápido, pero sé que le ha dolido.

—Bueno, el caso es que fui yo quien tuvo que recoger los pedazos que tú dejaste rotos y esparcidos por el suelo. Toda tu mierda y todo eso. Y ¿sabes qué? Hice las paces con esa situación. Me dije a mí mismo que tarde o temprano funcionaría.

—Venga ya, joder —le corto, alzando la voz algo más de lo que sería conveniente y llamando la atención de las mesas de al lado —. ¿Ahora resulta que Zoe es la mala de la historia y tú eres el bueno?

—No, tú eres la mala de la historia —rebate, señalándome lentamente con su dedo índice.

—¿Yo?

Mierda, busco las palabras a toda prisa porque en el fondo, yo me porté muy mal con Zoe, pero se supone que no hemos venido a hablar de eso y…

—No he venido a disculparme, Tessa. He venido porque quiero que entiendas exactamente el daño que le has hecho y, sobre todo, el daño que le vas a hacer. Hablando claro, le jodiste la vida hace siete años y estoy prácticamente seguro de que volverás a hacerlo.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —protesto casi con un gruñido.

—¿No tengo ni idea? Has vuelto a meterle en la cabeza todas esas ideas de regresar para volver a ser la mejor. Tiene dinero de sobra para vivir el resto de su vida, para darle a Wes todo lo que necesite. Y llegas tú y, ¿qué hace? En vez de encargarse del niño busca de nuevo la fama. Me parece patético —escupe con odio.

—No te parecía patético cuando era la mejor y estaba a tu lado. Además de que lo que dices no es cierto —murmuro. Trato de mantener la calma, pero la verdad es que me gustaría borrarle la sonrisa de un puñetazo en la nariz.

—Pregúntate una cosa, Tessa —insiste, bajando la voz hasta convertirla en un susurro mientras se inclina hacia mí—. ¿Te quiere a ti, o solo quiere no estar sola? ¿Ha vuelto contigo porque es más fácil que arriesgarse con algo nuevo? ¿O quizá porque le recuerdas a sus días de gloria cuando erais la pareja de moda en la universidad?

Clavo las uñas en la palma de mis manos para mantener el control. Sabe dónde hacer daño y me está sacando de quicio.

—Ya te lo he dicho. No sabes de qué estás hablando. Si crees que la conoces…

—La conocí durante seis años —me corta, y cada una de sus palabras es una daga que me atraviesa el corazón—. Viví con ella. Me casé con ella. Tuve un hijo con ella. Me despertaba cada mañana a su lado. Conocí cada versión de Zoe: la feliz, la triste, la furiosa, la vulnerable. La que se quedó hecha una mierda por tu culpa. ¿Y tú? Tú la abandonaste cuando las cosas se pusieron serias. Huiste a otro

continente. Pasaste siete años sin una llamada, sin un mensaje, sin nada. Y ahora crees que puedes volver y...

—¡Para! —chillo, perdiendo la compostura.

Nate sonríe. Ha ganado.

—¿Te duele? Bien. De eso se trata.

Se pone de pie. Tira un billete de 20 dólares sobre la mesa y camina hacia la puerta.

—¿Sabes qué es lo más triste? —agrega mientras se pone el abrigo—. Que en el fondo, no está enamorada de ti, solo de lo que un día fuiste. Del fantasma de algo que murió hace siete años.

Sale del café sin mirar atrás.

Me quedo petrificada.

No puedo moverme.

Respiro.

Una vez. Dos. Tres.

Las palabras de Nate dan vueltas en mis pensamientos, me taladran el corazón.

"¿Te quiere a ti, o solo quiere no estar sola?"

"La dejaste sola con una carta de mierda."

"El fantasma de algo que murió hace siete años."

Una lágrima rueda por mi mejilla. Me la limpio con rabia.

Porque tiene razón en algunas cosas. Eso es lo que más me duele.

Yo hui a Múnich. Zoe huyó a un matrimonio que pensaba que era algo seguro. En el fondo, ambas tenemos un historial de evitar lo que nos asusta.

Cierro los ojos. Respiro. El ruido de la cafetería regresa poco a poco: el silbido de la máquina de café, la risa de alguien en la mesa de al lado, el tintineo de una cucharilla contra una taza.

Pienso en Zoe.

En cómo me miró anoche. En Wesley dormido entre nosotras. En cómo su mano buscaba la mía en la oscuridad. En cómo susurró "te quiero" antes de quedarse dormida.

Nate vino a sembrar dudas.

Lo ha conseguido.

Joder si lo ha conseguido.

Pero una duda no es lo mismo que una verdad.

Y hay algo que Nate no entiende. Algo que no puede entender porque nunca lo ha sentido. El modo en que nos miramos ahora, como si no existiese ninguna otra cosa. En la universidad, era pasión. Ahora se está convirtiendo en algo más maduro. Mucho más fuerte.

No es nostalgia. No es miedo a la soledad. No es conformarse con lo que le resulta familiar.

Es amor. Del que duele si te falta. Del que transforma tu vida. Del que te hace querer ser mejor persona cada día.

Nate quiere destrozarme. Quiere que huya de nuevo.

Esta vez no lo va a conseguir.

"He hablado con Nate", escribo.

La respuesta llega en dos segundos.

Zoe: ¿QUÉ?

Sonrío. Puedo imaginarla con los ojos muy abiertos, el ceño fruncido, su corazón acelerándose.

Yo: Luego te cuento. Pero estoy bien. Es un puto gilipollas. No me voy a ningún sitio.

Los tres puntos aparecen. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

Zoe: ¿Segura?

Yo: Segura.

CAPÍTULO 13

Zoe

A las diez de la noche, suena el timbre de la puerta.

Dejo escapar un largo soplido. Wesley acaba de dormirse. Ha tardado casi una hora, inquieto por algo que no sé identificar, rechazando el chupete y el biberón. Sin tranquilizarse con las nanas que le suelo cantar. Al final se ha rendido de puro agotamiento, con el ceño fruncido incluso en sueños. Lo último que necesito es que se despierte ahora.

—No podía quedarme en mi piso —suspira Tessa a modo de saludo—. Necesitaba verte.

Estoy tan sorprendida de que se haya plantado en mi casa sin avisar que ni siquiera sé qué responder. Simplemente me hago al lado para dejarla pasar.

El salón está en penumbra. Solo la lámpara de la esquina encendida, la que uso cuando Wesley duerme porque la luz del techo es demasiado fuerte. Tessa se queda de pie junto a la ventana, mirando la lluvia que cae sobre Seattle.

—¿Quieres una copa de vino? He abierto una botella para la cena.

Cuando regreso al salón con dos copas, Tessa no se ha movido de donde estaba, lo cual no es buena señal.

—Cuéntame —resoplo, dejándome caer sobre el sofá y dando varias palmadas para que se siente a mi lado.

—Ya sabes lo que ocurrió.

—Sé que hablaste con Nate. Sé que te dijo cosas, supongo que bastante horribles, porque él es así. Pero no sé qué cosas exactamente —matizo mientras doy y un sorbo a mi copa de vino—. Y creo que necesito saberlo.

Silencio.

—Me preguntó si me quieres a mí o solo quieres no estar sola —admite al fin.

—Joder, Tessa…

—Dijo que fue tu premio de consolación. El sustituto después de que yo te destrozase. Que nunca le quisiste. Que en vuestra luna de miel estuvisteis viendo en la tele un partido de la liga alemana en el que jugaba mi equipo y lo primero que hiciste fue coger el móvil para ver si yo había escrito algo en las redes.

Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior. Mierda. Lo recuerdo. Recuerdo exactamente ese momento.

—Dijo que quizá no me quieres —continúa—. Que posiblemente solo quieres la intensidad que recuerdas de nuestra relación en la universidad. Que buscas lo familiar, porque es más fácil volver a lo que conoces que arriesgarte con algo nuevo.

—Tessa...

—Y lo peor es que… es que tiene razón en algunas cosas.

—¿Qué? ¿En qué tiene razón? —protesto, abriendo los ojos de golpe.

—Solo en la parte de que te casaste con él porque tu corazón estaba roto. De eso estoy casi segura y fue muy mala elección.

—¿Quieres saber la verdad?

No responde. Solo espera, clavándome la mirada.

—Seis meses después de que te fueras, todavía miraba el móvil cada mañana buscando un mensaje tuyo. Medio año despertándome cada mañana con la esperanza de que hubieses cambiado de opinión. De que me dijeses que volvías, de que admitieses que todo había sido un error —hago una pausa y tengo que desviar la mirada. Respiro hondo antes de continuar—. Y estaba tan vacía, tan absolutamente jodida, que cuando Nate apareció con su sonrisa falsa y sus promesas más falsas todavía, pensé que eso debía ser el amor. Algo cómodo, predecible. Sin la pasión que había entre nosotras, pero se supone que el amor no te rompe el corazón en un millón de pedazos.

—Zoe...

—Lo peor es que yo sola me he buscado los problemas que tengo ahora, porque es verdad que nunca le quise. No de verdad, al menos. Ni un solo día. Él lo sabía. Yo lo sabía. Supongo que los dos nos conformamos; él progresó en su trabajo gracias a mí y yo… yo fingía ser feliz. Porque tener a alguien al lado, aunque fuera la persona equivocada, parecía mejor que estar sola con el agujero que tú dejaste.

Cuando vuelvo a mirarla, ha cerrado los ojos y puedo ver un ligero temblor en su mandíbula.

—Y estar contigo ahora... me aterra —reconozco, cogiendo su mano entre las mías mientras ella abre los ojos y me mira con sorpresa.

—¿Te aterra estar conmigo?

—Sí —admito con un largo suspiro—. Lo que siento por ti. Desde siempre, desde que te conocí en la universidad. Desde la primera vez que me empujaste contra la pared y me besaste en aquel pasillo después del entrenamiento. Joder, Tessa, en aquel instante creí que el mundo se había detenido. Y cada día que le siguió mientras estuvimos juntas, seguí sintiendo lo mismo. Nate nunca me hizo sentir así. Nadie me ha hecho sentir así. Solo tú.

—Zoe...

—¡Déjame hablar! —insisto—. Y aunque te parezca raro, prefiero el terror. Prefiero el miedo de perderte de nuevo, de volver a quererte tanto que duela que el día se acabe. Prefiero arriesgarme a pasar el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si hubiera sido más valiente. Porque, ¿sabes lo más triste de todo? Cuando Nate me hacía el amor, pensaba en ti para poder seguir. Eso, durante seis años. Sí, en el fondo fui muy cabrona con él y tú fuiste muy cabrona conmigo por marcharte y dejarme tirada. Ahora… él está siendo muy cabrón con la custodia de Wesley. Ya ves que al final no nos libramos nadie. En esta historia no hay buenos, todos somos los villanos. ¿Eso responde tu pregunta? —susurro, alzando las cejas.

No responde con palabras.

Sonríe levemente, se inclina hacia mí.

Despacio.

Coloca una mano en mi nuca.

Y me besa.

Joder, me besa como si nunca lo hubiese hecho, como si las veces que hemos estado juntas estos días no hubiesen existido, como su cuerpo no pudiese más. Y yo me inclino hacia ella, cuelo las manos por debajo de su camisa. Busco más. Necesito más.

Desabrocho con prisa cada botón mientras ella tira de mi camiseta hacia arriba, un torpe desastre de manos y prisas, de suspiros. Antes de que me quiera dar cuenta, estoy tumbada en el sofá, semidesnuda, con Tessa subida sobre mí y sus labios recorriendo mi cuello, mis hombros, mi barbilla.

Bajo la cremallera de sus pantalones y cuelo mis dedos, buscando su excitación mientras ella trata de tirar de mis pantalones de pijama hacia abajo, llevándose con ellos mi ropa interior.

—Eres preciosa —sisea, besando mi abdomen.

Se me escapa un soplido involuntario.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada.

—Zoe…

—Ya no es… ya no es como antes, supongo —confieso.

No termino la frase. No hace falta. Sabe a qué me refiero. Tessa se pasaba literalmente horas acariciando mis abdominales con la punta de los dedos o besándolos. No los he perdido del todo, pero antes del embarazo era diferente. Ahora, pequeñas estrías cruzan mi vientre. Las caderas algo más anchas. Los pechos diferentes tras meses de lactancia.

Me mira, pone ligeramente los ojos en blanco y sonríe mientras traza con los labios una estría. Despacio. Con una delicadeza que me hace querer llorar.

—Creaste vida, Zoe —susurra contra mi piel—. Este cuerpo hizo algo extraordinario.

Simplemente acaricio su pelo mientras me besa.

Es diferente a las otras veces.

Más lento. Más consciente. Esta noche Tess explora mi piel como si fuese la primera vez. Cada curva. Cada pliegue. Las zonas que han cambiado y las que siguen igual.

Sus labios bajan por mi cuello, por mi clavícula, por el valle entre mis pechos. Cada beso es una pregunta. Cada gemido que se me escapa es una respuesta.

—Tessa. Por favor —suspiro.

—¿Por favor qué?

—Estoy empapada.

Desliza la punta de los dedos por mi abdomen. Traza círculos alrededor de mi ombligo, se acerca, pero no llega. Jugando. Provocando.

Y cuando cuela la mano derecha entre mis piernas y palpa la humedad de mi excitación, el mundo desaparece.

Es como lo recordaba. Más salvaje que estos últimos días. La misma intensidad. El mismo fuego. La misma pasión.

Mueve los dedos en mi interior a un ritmo que mi cuerpo recuerda, aunque mi mente había olvidado y cada vez que empuja

con ellos, roza mi clítoris con la palma de la mano, haciéndome arquear la espalda.

—Mírame —ordena.

Abro los ojos. Ni siquiera sabía que los había cerrado.

Su mirada me sostiene mientras el placer aumenta. Lento. Inexorable. Como una ola que siento que romperá en cualquier instante.

—Te quiero —siseo.

Muerdo el labio y aprieto la manta que cubre el sofá para no gritar, pero un largo suspiro se escapa de mi garganta.

Tessa no saca los dedos. No hasta que dejo de temblar. No hasta que mi cuerpo se relaja, agotado y satisfecho.

Y entonces me besa la frente. Suave. Tierno. Como si acabásemos de hacer algo sagrado.

***

La mañana siguiente llega demasiado pronto.

Escuchamos a Wesley quejarse a través del monitor a las seis y media. Protesto contra la almohada, todavía medio dormida, agotada de la mejor manera posible.

—Voy yo —anuncia Tessa.

—No, no tienes que...

Pero ya ha salido de la cama, recogiendo del suelo mi camiseta para cubrirse.

Me quedo tumbada, escuchando atentamente a través del monitor, y no puedo evitar que se me forme una sonrisa de oreja a

oreja.

—Buenos días, campeón —saluda al bebé, su voz algo ronca por el sueño—. ¿Qué tal has dormido? Mejor que nosotras, seguro. Aunque reconozco que lo hemos pasado muy bien.

Wesley balbucea algo que suena a queja.

—Ya lo sé, ya lo sé. El pañal. Vamos a arreglar eso. ¡Uy, cómo huele! No me extraña que estés incómodo.

Escucho algunos ruidos, algo que suena como una pedorreta en la barriga, la risa de Wesley. A continuación, silencio.

—Ya estás listo. ¿Ves? Ahora mucho mejor. Vamos a por el desayuno, seguro que tienes hambre. ¿Qué te apetece? ¿Papilla? ¿Biberón? ¿Ambos?

Más balbuceos.

—Ambos, entonces. Buena elección. Eso mismo estaba pensando yo —escucho mientras salen de la habitación del niño.

Sonrío contra la almohada. Escucharla hablar a mi hijo de ese modo me deja el corazón muy blandito.

Quince minutos más tarde, regresa a mi dormitorio con Wesley en brazos. El crío lleva un body limpio y una expresión de profunda satisfacción.

—Alguien por aquí tenía hambre —anuncia Tessa—. Y un poco de caca —añade, tumbándose en la cama y colocando al crío entre nosotras.

Wesley se da la vuelta, juega con un mechón de pelo que se ha escapado de su cola de caballo y dice algo parecido a "Teh".

La sonrisa que se dibuja en los labios de Tessa es espectacular.

CAPÍTULO 14

Tessa

Me seco las palmas de las manos en el pantalón por tercera vez en cinco minutos.

El pasillo de los Juzgados de Familia del Condado de King es algo impersonal, quizá en un intento de calmar los nervios, pero creo que no hay nada que pueda calmarte cuando esperas a que un extraño decida sobre tu vida.

Zoe tiembla a mi lado. Literalmente.

—Responde solo a lo que te preguntan. No te extiendas. Tal y como lo hemos ensayado —le recuerda Yvonne.

Las puertas se abren. Sale una mujer con los ojos llenos de lágrimas. No ayuda mucho a estar más tranquila.

La sala del juzgado es pequeña. Bancos de madera, mesa para la jueza, dos mesas para los abogados. Luz fluorescente demasiado fría.

Y en la galería, todo nuestro equipo ha venido a apoyar. Ninguna ha querido perdérselo. Lucía en primera fila, sus brazos cruzados. Sara a su lado. Jade Herrera dos asientos más allá. Entre ellas, Iris Vance con el pelo suelto y una camisa que claramente no es suya. Incluso ha venido Hades con el staff técnico.

Nate está en la otra mesa. Traje gris. Corbata azul. Sonrisa de revista.

La jueza levanta la vista.

—¿Listos para proceder?

—Sí, señoría —responden los abogados casi al unísono.

—Señora Park, su primer testigo.

—Llamo a la Dra. Tessa Clark.

Cruzo hasta el estrado. Mis tacones suenan demasiado fuerte sobre el suelo.

Me siento. La silla es demasiado dura. O quizá es que estoy tan nerviosa que todo me molesta. Desde aquí veo toda la sala. Zoe con la espalda recta. Iris mordiéndose una uña hasta arrancarla.

Yvonne se acerca.

—Nombre y ocupación.

—Doctora Tessa Marie Clark. Jefa de Medicina Deportiva del club de fútbol Seattle Emeralds.

—¿Trabajó con la señorita Méndez en su rehabilitación postparto?

—Sí. Supervisé las primeras diez semanas antes de apartarme del caso por conflicto de interés.

—Explique ese conflicto, por favor —insiste Yvonne, tal y como habíamos ensayado.

—La señorita Méndez y yo tenemos una relación personal —respondo, quizá demasiado bajo.

—¿Qué tipo de relación?

—Sentimental.

Yvonne hace una pausa demasiado larga. Nate cruza los brazos.

—¿Pasa usted tiempo con Wesley?

—Sí. He ayudado con su cuidado. Baños, comidas, rutinas.

—¿Cómo describiría a la señorita Méndez como madre?

Miro directamente a la jueza.

—Es una madre excepcional. Daría la vida por su hijo —respondo sin dudar—. Soy testigo cada día de cómo Wes es lo más importante, de cómo Zoe Méndez organiza cada minuto alrededor del niño. Nunca le falta de nada, siempre está bien cuidado.

Cuando termina el interrogatorio de Yvonne, Matthew Harrington se levanta. Lento, como un depredador. Sonríe.

—Dra. Clark. Ha dicho que tienen una relación sentimental.

—Sí.

—¿Cuándo empezó?

—Hace unos dos meses.

—¿Hubo una relación anterior?

—Sí. Hace siete años —admito, y ya me imagino lo que pretende.

—¿Qué ocurrió?

Yvonne se pone de pie.

—Protesto. No es relevante.

—Señoría, solo establezco un patrón de inestabilidad —argumenta el abogado de Nate.

La jueza asiente lentamente con la cabeza.

—Permitida. Responda, por favor —ordena, dirigiéndose a mí.

—Terminó cuando acepté un trabajo en Múnich.

—¿Usted la terminó?

—Sí. Fui yo quien la terminó de manera unilateral —reconozco.

—Está siendo investigada por el comité de ética de la liga. ¿Es cierto?

—Se trata de una denuncia anónima sin ningún fundamento —respondo, clavando la mirada en Nate—. Seguimos el protocolo en todo momento y todo está aclarado con el comité de ética.

Cuando me levanto para volver a mi asiento, me tiemblan las piernas.

—Llamo al estrado como testigo a la señorita Jamie Reid.

Jamie entra con muletas. Su metro ochenta cruzando la sala con dificultad.

—Nombre y relación con la señorita Méndez —inquiere la jueza.

—Jamie Reid. Compañera de equipo y amiga.

—¿Conoce a Wesley?

—Sí. Le he cuidado varias veces. Antes de mi operación de rodilla.

Por ejemplo, hace seis semanas. La canguro de Zoe no pudo ir y me quedé con Wes durante el entrenamiento. Varias de las jugadoras del equipo nos hemos ofrecido voluntarias para cuidarle si es necesario —explica.

—¿Recibió alguna llamada con respecto a esa situación que describe? —insiste la abogada de Zoe.

Jamie aprieta las manos sobre las muletas. Se nota a la legua que está incómoda.

—Nate Henderson me llamó esa misma noche.

Zoe se tensa mientras Nate se inclina hacia su abogado para decirle algo.

—¿Qué le dijo?

—Había visto una foto mía con Wesley en Instagram y quería saber por qué estaba cuidando a su hijo. Me aseguré de pixelar la cara del niño —se apresura a aclarar—. Luego me preguntó si yo era "una de esas lesbianas del equipo" —agrega, haciendo el gesto de unas comillas en el aire al pronunciar esa última frase.

—¿Perdón? ¿Qué ha dicho? —interrumpe la jueza.

—Nate Henderson me preguntó si era una de esas lesbianas del equipo, palabras textuales —aclara, señalando con el dedo índice al ex de Zoe.

—Madre mía —suspira la jueza, poniendo los ojos en blanco.

***

El equipo rodea a Zoe en cuanto salimos.

—Ese abogado es un capullo —protesta Iris—. Si ese cabrón gana, te juro que le rayo el coche. No es broma. Pago la multa y tan

amigos.

Zoe no puede evitar reírse a pesar de la tensión.

—Gracias. A todas. De verdad. Significa mucho para mí que hayáis venido a apoyar —dice en una mezcla entre risas y lágrimas.

—Todo el equipo está contigo, Méndez —asegura Hades—. Ahora id a descansar. No pienso cancelar el entrenamiento de esta tarde —agrega, provocando las protestas de las jugadoras.

CAPÍTULO 15

Zoe

El móvil vibra en mi mano por tercera vez en el último minuto.

No me atrevo a llamar. Permanezco sentada en el coche, en el aparcamiento de las instalaciones del club mientras el resto de las compañeras de equipo deben estar ya entrenando.

Simplemente miro la pantalla como si pudiera cambiar lo que dice a base de fuerza de voluntad.

Email de Yvonne. Asunto: "Decisión publicada. Llámame en cuanto puedas."

Cinco días esperando por la decisión de la jueza.

Cinco días sin dormir bien, sin comer bien, sin poder concentrarme en nada. Agotando la paciencia de mi entrenadora con mi pobre rendimiento. Jugándome la renovación del contrato que, de pronto, ha dejado de tener importancia en relación con la custodia de mi hijo.

Y ahora que esa decisión está aquí, en mi bandeja de entrada, no soy capaz de abrirla.

Por fin, respiro hondo, me armo de valor y marco el número de mi abogada. No tiene sentido posponerlo más aunque las manos

me tiemblen.

Un tono. Dos.

—Zoe —saluda al responder, aunque su tono de voz es neutro, profesional. No hay manera de saber si la decisión ha sido positiva o negativa —. ¿Estás sentada? —pregunta, y me temo lo peor.

—Sí.

—La jueza ha emitido su decisión.

—He visto tu mensaje —murmuro.

—Nate obtiene un fin de semana cada quince días. Viernes por la tarde a domingo por la noche —anuncia.

No puedo respirar.

—¿Zoe? ¿Sigues ahí?

—Cada quince días —repito—. Eso es... eso es más de lo que tenía.

—Sí.

—Entonces ha ganado —suspiro, dejándome caer hacia atrás en el asiento del coche y pasándome una mano por el pelo.

—No. Escúchame. Nate pedía custodia compartida al cincuenta por ciento. Quería a Wesley la mitad del tiempo. Quería vacaciones alternas, veranos partidos entre los dos, capacidad de vetar decisiones sobre su educación y su salud. No ha obtenido nada de eso —me explica.

Silencio. No puedo responder. Las palabras se niegan a salir de mi garganta.

—La jueza le ha dado cuatro días al mes, Zoe. Cuatro días de treinta. Sin capacidad de decisión sobre nada importante. Sin derecho a modificar tu calendario de trabajo ni tus viajes con el equipo. Tú sigues teniendo autoridad total —insiste.

—Pero antes él no tenía nada. Antes era solo visitas supervisadas cuando yo decidía. Nada más.

—Antes Nate no había ido a juicio. Antes no había presentado una demanda formal con pruebas y testigos y un abogado de doscientos dólares la hora. Zoe, esto es una victoria. El lenguaje de la sentencia es claro: reconoce tu estabilidad, tu red de apoyo, el bienestar de Wesley bajo tu cuidado. Cita específicamente la documentación de Florida y los informes del pediatra.

—No se siente como una victoria —reconozco, apoyando la frente contra el volante.

—Lo sé. Nunca se siente como una victoria cuando tienes que ceder algo. Pero créeme: Nate esperaba mucho más. Su abogado esperaba mucho más. Esto es una derrota para ellos —me asegura.

—¿Y la revisión? ¿Hay revisión?

—Dentro de seis meses —admite, bajando la voz hasta convertirla nada más que en un susurro—. Pero eso no debe preocuparte. Es algo protocolario, no te dará ningún problema salvo que se produzca un cambio significativo de circunstancias.

Me quedo callada. Es como un jarro de agua helada.

—¿Zoe?

—Estoy aquí.

—Lo has conseguido. De verdad. Sé que ahora no lo sientes así, pero cuando pase el shock... lo has conseguido —repite.

Cuelgo el teléfono.

Me quedo en el coche. Mirando el aparcamiento. Intentando procesar toda la información.

Wesley pasará un fin de semana cada quince días con Nate. Con su novia influencer que necesita fotos del bebé para su feed. Con el hombre que usó a mi hijo como arma para hacerme daño.

Aunque solo cuatro días al mes.

Y sigo siendo yo quien decide sobre su educación, su salud, su vida.

Nate quería la mitad del tiempo y solo consiguió un fin de semana cada quince días.

Me miro en el espejo retrovisor y me doy cuenta de que estoy llorando. No sé si son lágrimas de alivio o de rabia o de agotamiento puro. Probablemente las tres cosas a la vez.

Tessa está en la cocina de mi casa cuando llego.

No sé cómo ha llegado antes que yo, si acabé saltándome el entrenamiento. No sé cómo sabía que tenía que estar aquí. Pero está. De pie junto a la encimera, con Wesley en la cadera y un biberón calentándose en el microondas.

—Ya lo sé —dice antes de que abra la boca—. Yvonne me llamó.

Dejo la bolsa de deporte en el suelo y me quedo junto a la puerta de la cocina. Sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

—Un fin de semana cada quince días.

—Sí.

—Eso son cuatro días al mes porque el viernes no cuenta, prácticamente se lo entregas dormido —me recuerda.

—Sí. No es... no es lo que quería —confieso, mordiendo mi labio inferior y desviando la mirada.

Tessa deja a Wesley en su trona y cruza la cocina con pequeños pasos hasta pararse frente a mí.

—¿Qué querías? —pregunta, colocando su frente sobre la mía.

—Que no tuviese nada. Que desapareciese de mi vista para siempre. Que Wesley nunca tuviese que pasar una noche en esa casa con esa mujer fingiendo que es su madre. Quería que…

—Lo sé —me interrumpe.

—Pero supongo que no puedo pedir eso. Porque al fin y al cabo es su padre y tiene derechos. El sistema no funciona así —admito.

Las lágrimas regresan a mis ojos mientras Tessa las va limpiando una a una con los pulgares.

A continuación, me abraza. Sin decir nada. Sin intentar arreglarlo. Solo sosteniéndome mientras lloro escondiendo la cara en su cuello. De rabia y de alivio y de todo lo que hay entre medias.

Wesley dice algo desde su trona. Algo que suena a "mamá" aunque seguramente es solo un ruido.

—Estoy bien. De verdad —murmuro contra su piel.

—No tienes que estar bien —me asegura, acariciando mi espalda con suavidad.

—Lo sé. Pero lo estoy. O lo estaré, al menos —confieso mientras respiro hondo—. Ganamos, ¿no? Al final, ganamos. Eso es lo que importa.

—Ganamos —repite.

Me separo para coger a Wesley de la trona. Lo abrazo contra mi pecho al tiempo que él me agarra el pelo con los dedos pegajosos de lo que sea que estaba comiendo antes.

—Vas a pasar algunos fines de semana con papá —le digo—. No muchos. Solo algunos. Y mamá va a estar aquí esperándote cada vez que vuelvas. Y también Tess, ¿vale?

Wesley me mira con esa expresión seria que pone cuando intenta entender algo.

—Bah —masculla.

—Exacto. Bien dicho, peque.

CAPÍTULO 16

Tessa

El teléfono móvil vibra de nuevo sobre la encimera donde lo dejé hace varias horas, boca abajo. Probablemente está lleno de notificaciones que no he leído. Todo el ecosistema digital reacciona a la foto que Zoe publicó anoche a las once y treinta y dos. Exactamente cuatro minutos después de preguntarme si estaba lista.

No. No estaba lista. Nunca voy a estar lista para que el mundo nos evalúe en las redes sociales. Yo no soy una estrella, pero ahora soy de nuevo parte de su vida, y supongo que debo acostumbrarme a este tipo de cosas.

Así que mentí y le dije que sí lo estaba.

Porque resulta que hay cosas peores que no estar lista. Como esconderse. Como huir a Alemania como hice hace siete años. Como ser la persona que deja a alguien tirado porque la intensidad del sentimiento se vuelve demasiado.

Y porque la foto era... buena. Muy buena.

Las dos sentadas en el sofá, Wesley dormido sobre mi pecho, se había quedado ahí después de dejar de llorar, y Zoe sacó su móvil antes de que pudiera moverle.

La luz de la lámpara le dio un tono cálido que resultó espectacular. Mi mano en la espalda del bebé, la otra con los dedos curvados de manera protectora alrededor de su cabeza. Y, sobre todo, la expresión que ni siquiera me di cuenta que estaba poniendo. La confirmación de que quería a ese niño como si fuese mío.

El pie de foto era simple. Una sola palabra: "Familia".

Los comentarios y los likes llegaron de inmediato. Un número que para mí era descomunal. A las doce y media dejé de mirar.

Zoe me observa desde el baño, limpiando la cara de Wesley con una toallita mientras él protesta indignado.

—Sabes que el teléfono móvil no muerde, ¿verdad? Puedes abrir Instagram —bromea.

—Odio las redes —admito, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

Me obligo a leer los primeros diez comentarios.

Tina: ❤️ ❤️ ❤️ Nos vemos esta tarde en la barbacoa. Estáis guapísimas.

Jade Herrera: Qué bebé tan mono. Vosotras también, supongo

Jamie: POR FIN. Todas lo sabíamos. Enhorabuena 🌈

Sara: 💙

Iris Vance: Buah, ese niño es lo más. Vosotras dos estropeáis la foto. Quiero una conmigo, que soy más guapa. Jajajaj

—¿Ya te has quedado más tranquila? —chilla desde el baño mientras cambia el pañal de Wes.

—Casi todos positivos. Alguno… —me detengo, hago una pausa y respiro—. Lo que esperábamos, ya sabes.

—Esos son inevitables. Por cierto, el equipo llega en menos de una hora, es mejor que nos demos prisa —me recuerda.

La barbacoa. La que Hades organizó, o más bien, la que sugirió que Zoe organizase porque "el equipo necesita unirse antes de los playoffs y el jardín de tu casa es lo suficientemente grande".

Lucía llega treinta minutos antes de la hora.

—He venido a ayudar —se apresura a aclarar en cuanto abro la puerta.

Me sigue hasta la cocina sin decir nada. Se apoya en la encimera, cruza los brazos y me observa. No hace ademán de tocar nada ni de ayudar con la ensalada. Solo me mira con esa expresión que he visto mil veces en el campo cuando estudia a una rival.

—Doc —dice, alzando las cejas.

—Lucía.

Silencio. No dice nada, así que continúo cortando tomates. El cuchillo golpea la tabla con un ritmo constante que me ayuda a mantener la mente ocupada.

—Más vale que cuides bien de Zoe. Todo el equipo sabe dónde vives y dónde trabajas —ironiza, alzando las cejas.

—Lo anoto —bromeo, asintiendo con la cabeza mientras le doy el carbón vegetal para que vaya encendiendo la barbacoa.

A partir de ese momento, el resto del equipo llega en oleadas.

Jamie aparece a las dos y cuarto con una sola muleta. Cuando me ve, me choca el puño con una sonrisa enorme.

—Eh, doc. Buena rehabilitación, ¿has visto? Dentro de nada estaré jugando de nuevo.

—Buen trabajo tuyo. Esa rodilla no se recuperó sola —le recuerdo.

Se encoge de hombros como si no fuera nada, pero puedo ver el orgullo en sus ojos. Va directa al jardín donde Zoe y Lucía luchan con la barbacoa y un encendedor que parece haberse declarado en huelga.

Hades llega a las dos y media, con sus dos hijas gemelas que creo que vienen obligadas, aunque les cambia la expresión en cuanto ven a Wesley.

Jade Herrera llega la última, si no contamos a Iris, claro.

Se queda en la puerta un momento, mirando alrededor como si estuviera calculando las salidas de emergencia. Tiene esa expresión incómoda de quien no sabe muy bien qué hace aquí.

Zoe sale de la cocina y parece sorprendida.

—Jade. Gracias por venir —saluda Zoe mientras se limpia las manos con un trapo.

—Sí, bueno —murmura, encogiéndose de hombros sin mirarla a los ojos—. Hades dijo que era obligatorio, así que...

—Aun así, gracias —insiste.

Iris llega casi a las cuatro, cuando todo el mundo ha comido ya.

Lleva gafas de sol a pesar de que está nublado y la camisa arrugada que posiblemente ha recogido del suelo hace menos de media hora.

—¿Una noche dura? —bufa Hades, chasqueando la lengua a continuación—. Creí que solo llegabas tarde a los entrenamientos. Y tienes una resaca de campeonato —agrega, mientras le quita de la mano una cerveza para sustituirla por un Powerade.

Pronto, Wesley pasa de brazo en brazo como si fuese el trofeo de la temporada.

Lucía le canta algo bajito en español. Una nana, creo, aunque no entiendo la letra. Wesley la mira con los ojos muy abiertos, completamente hipnotizado por su voz.

Las gemelas de Hades lo reclaman más tarde, aunque Iris pronto se lo lleva, dice que se puso una colonia de plátano para gustarle más.

Diana me encuentra sola en la cocina mientras saco más bebida. Entra sin hacer ruido y se apoya en la encimera, igual que hizo Lucía hace unas horas. Parece ser el lugar oficial para los interrogatorios.

—¿Sabes por qué organicé todo esto? —pregunta sin más preámbulo.

—¿Porque el equipo necesitaba unirse antes de los playoffs?

—Sí, en parte. Pero, sobre todo necesitaban ver a Zoe como persona completa. Bebé. Pareja. Casa llena de gente que le importa. No solo como capitana. No solo como la leyenda que intenta volver después de un año en blanco por ser madre.

Solamente asiento mientras sigo sacando bebida de la nevera.

—Y porque tú necesitabas verte como parte del grupo —continúa —. Porque puede que no salgas al campo a jugar como

ellas, pero eres una parte muy importante del equipo. Y eres la pareja de Zoe. Y veo cómo la miras a ella y al bebé, como si fuesen lo más precioso del mundo. Esta vez sé que no te vas a ir a ningún sitio como hace siete años —agrega con un guiño de ojo.

—Esta vez me quedo —le aseguro.

—Bien —murmura antes de girar sobre sus talones para regresar al jardín.

***

A las ocho, el sol empieza a ponerse y la gente empieza a irse.

A las diez, la casa está completamente en silencio.

Los platos en el lavavajillas. Las bolsas de basura en el contenedor. El balón de goma de Iris olvidado bajo el sofá, esperando a que Wesley lo encuentre mañana.

El niño se ha dormido hace más de una hora. Lo ha acostado Iris mientras Zoe se iba despidiendo del resto de las compañeras. Le cantó una mezcla de varias canciones, a veces, inventando la letra cuando no se acordaba, pero funcionó.

Zoe se deja caer a mi lado en el sofá. Sonríe y apoya la cabeza en mi hombro mientras me rodea la cintura.

Y en estos instantes, el mundo me parece perfecto.

CAPÍTULO 17

Zoe

El reloj marca las 2:14 de la madrugada y no consigo dormir.

Y esta vez no puedo echarle la culpa a Wesley. Duerme en su cuna de viaje a nuestro lado, con los brazos por encima de la cabeza con esa relajación que tan solo los bebés consiguen.

Aunque no puedo apagar mi cerebro.

Semifinal mañana. Contra Portland. En su estadio, con veintidós mil personas que nos odian, contra el equipo que nos eliminó los dos últimos años.

Jade empezará de titular, eso está ya decidido, y supongo que es lo correcto, se lo ha ganado cada minuto de la temporada mientras yo reconstruía mi cuerpo pedazo a pedazo. Yo entraré más tarde desde el banquillo para organizar el juego.

Me levanto de la cama, porque quedarme en ella repasando una y otra vez los mismos pensamientos no tiene ningún sentido. Es insoportable. En nuestro hotel, Hades me ha dejado compartir habitación con Tessa. "Es por el niño" me dijo. Incluso nos reservaron una mini suite para que estuviésemos más cómodas.

Saco del minibar una botella de agua, aunque no tengo sed. La bebo de pie frente a la ventana, mirando mi reflejo. Treinta años,

a punto de cumplir los treinta y uno. Madre. Deportista de élite intentando volver a serlo. Mujer enamorada de alguien que ya la destrozó una vez.

—Deberías estar durmiendo —escucho detrás de mí.

—Tú también.

—Lo sé, pero yo no juego mañana, tú sí —murmura, abrazándome desde atrás antes de besarme en el cuello.

Me giro entre sus brazos. Lleva una de mis camisetas viejas, demasiado grande para ella, el cuello caído deja ver su clavícula. Sin maquillaje, sin defensas. La versión de Tessa que solo yo conozco. La versión que más me gusta.

—No puedo dormir —admito con un largo suspiro.

—Ven conmigo —sugiere, cogiéndome de la mano para llevarme al sofá.

Se acurruca contra el reposabrazos, con las piernas dobladas, tirando de mí hasta que estoy recostada entre sus muslos como si fuesen una almohada.

—¿Estás nerviosa? —pregunta, peinando mi pelo entre sus dedos.

—No. Aterrorizada.

—¿Por el partido? Zoe, has jugado mundiales y Juegos Olímpicos.

—No es solo por el partido —me apresuro a aclarar, aunque mis palabras salen un poco atropelladas—. Es por lo que ocurrirá después del partido.

Hace una pequeña pausa mientras acaricia mi mejilla con el reverso de la mano.

—¿Qué pasa después? Si ganáis toca jugar la final en casa.

—Sabes a qué me refiero. Mi contrato se acaba en un mes y no tengo noticias del club —confieso, desviando la mirada hacia la ventana—. Tess, qué pasa si no me renuevan, si Hades ya ha decidido que Jade Herrera es el futuro y yo soy el pasado. No sé dónde jugaré el año que viene y tú seguirás como jefa de los servicios médicos del club. Podríamos estar a miles de kilómetros de distancia.

—Zoe...

—Sabes que es cierto, no trates de restarle importancia. Y si me tengo que mudar a una nueva ciudad, Nate lo utilizará en mi contra, dirá que lo hago solo para que él no pueda ver al niño. Dirá que mi carrera es inestable, que pasaré los últimos años de equipo en equipo, arrastrando a Wesley por todo el país. Y...

—Zoe. Para. Eso no va a ocurrir —ordena, inclinándose para abrazarme.

—No puedo perderte otra vez —confieso—. Pero no sé cómo prometerte que eso no va a ocurrir cuando ni siquiera controlo mi propia vida.

—Si eso pasa. Si no te renuevan. Me iré contigo. Donde sea. Si tenemos que cambiar de residencia cada año, lo haremos —me asegura.

—¿En serio harías eso?

—He rechazado una oferta de Nueva York. Ni siquiera te lo comenté porque lo tuve claro desde el primer momento que llegó —anuncia sin más, como quien dice que hoy está nublado.

—Tess... tu carrera profesional. Era tu sueño. Siempre quisiste...

—Ahora mi sueño es otro —suspira, besando mi frente—. Mi sueño ahora eres tú. Y Wesley. Despertar cada mañana a tu lado. Dormirme escuchando tus ronquidos.

—Vete a la mierda, idiota —bromeo—. Yo no ronco.

—En serio, Zoe. Hace siete años elegí el trabajo sobre todo lo demás. Progresé mucho, me hice un nombre en la medicina deportiva con solo treinta y dos años, pero no fui feliz. Ahora lo soy, junto a ti, y no voy a cambiarlo por nada.

—Tessa... —suspiro, besando su muslo.

—Si el equipo no renueva tu contrato, si acabas jugando en otra ciudad, entonces averiguamos cómo hacerlo funcionar. Haré lo que sea necesario, pero no voy a elegir mi carrera por delante de ti y de Wes. De eso puedes estar segura.

Me quedo sin palabras, así que hago lo que el cuerpo me pide. Me incorporo, me siento a horcajadas sobre sus piernas, enredo las manos en su pelo y la beso.

El gemido que se escapa de su garganta vibra contra mis labios, suave e irresistible. Me hundo en la calidez de su boca mientras sus dedos se clavan en mi cintura, anclándome contra su cuerpo. El siguiente beso es más lento, como la miel que se derrama

muy despacio. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y algún ocasional jadeo es lo único que se escucha en la noche.

Desliza las manos por mis costados, los pulgares trazando pequeños círculos. Yo, por mi parte, cuelo las manos por debajo de su camiseta, recorriendo con la punta de los dedos su suave piel, la sutil línea de sus costillas, la curva de la cadera.

Gime al sentir la punta de mi lengua en su cuello. Rozo con los dientes la delicada piel de su barbilla, suavizo el mordisco con la lengua hasta que su respiración se corta y se convierte en un suspiro que llena la habitación.

En la penumbra, todo se vuelve urgente y tierno a la vez. Tessa apoya la frente contra mi hombro, jadeando suavemente mientras busco sus pechos. La camiseta demasiado grande se desliza sin esfuerzo hasta el suelo mientras mi lengua traza círculos alrededor de sus pezones.

Deja escapar un gemido lento y largo, aprieta los muslos, llevando las manos a mis nalgas para atraerme más cerca, estremeciéndose bajo mis caricias.

Con suavidad, me voy dejando caer hacia abajo, besando sus pechos mientras ella enraíza los dedos en mi melena. A continuación, sigo mi camino hacia su vientre, cubro de besos el ombligo al tiempo que ella tensa el abdomen.

Me coloco de rodillas entre sus piernas, las separo, apartando a un lado su ropa interior. Cierro los ojos al inhalar y, cuando los abro, encuentro su sexo brillando de deseo.

Tess se abandona por completo, tira de mi pelo sin inhibición alguna, empujando mi cabeza hacia ella. Soplo contra su clítoris,

sonrío al escuchar un pequeño gemido antes de besarlo.

Me muevo despacio, deslizando la lengua entre sus labios, añadiendo pequeños mordiscos en la parte interna de los muslos, seguidos de besos que le ponen la piel de gallina.

Arquea la espalda, suplica entre jadeos cada vez más intensos hasta que tiene que llevarse una mano a la boca, mordiendo el dedo índice mientras la otra sigue firmemente enredada en mi pelo.

No existen el tiempo ni el espacio, solo los jadeos que compartimos, el deseo contenido que estalla de manera implacable. Siento cómo se deshace bajo mi boca, escuchando un sollozo de placer que me hace sonreír contra su sexo.

Cuando se recupera, tira de mí hacia arriba, colocándome de nuevo a horcajadas sobre sus muslos para besarme, sintiendo en sus labios el sabor de su propia excitación.

Desliza la punta de los dedos por mi espalda, hasta bajar a mis nalgas. Desde ahí, cuela la mano derecha entre nosotras, por debajo del pijama, tanteando mi excitación antes de introducir dos dedos dentro de mí. Cabalgo sobre ellos, rodeando su nuca con las manos, siseando su nombre hasta que pierdo el control.

El placer me recorre en oleadas. Ya no tengo pensamientos, solo gemidos ahogados, respiraciones entrecortadas, el temblor de mis caderas mientras mi sexo se aprieta contra sus dedos.

—Vas a acabar conmigo —suspiro.

Y debe ser lo que pretende, porque se deja caer por completo en el sofá y me guía para que me coloque sobre ella, nuestras piernas entrelazándose hasta que mi sexo presiona contra el suyo.

Pongo los ojos en blanco ante su cara de satisfacción, pero antes de que me quiera dar cuenta, buscamos juntas el ritmo, nuestras caderas moviéndose en una sincronía perfecta, la fricción húmeda entre nosotras volviéndose cada vez más intensa.

Me araña la espalda, las piernas temblándole mientras siento el calor crecer en mi interior hasta estallar como una ola que rompe contra un acantilado.

Tessa me sigue poco más tarde, empujando, deslizándose contra mi sexo, el sudor brillando en su piel hasta que cada roce es una súplica muda, un grito silencioso que trata de amortiguar.

Me tumbo sobre ella. Acaricio su pecho, siento el pulso frenético de su corazón y un "te quiero" se escapa de su boca, tan bajito que apenas se escucha.

CAPÍTULO 18

Tessa

En Portland, las gradas rugen con veintidós mil personas y la mayoría quiere vernos perder.

Permanezco junto a los fisioterapeutas del equipo en un extremo del banquillo por si fuese necesaria nuestra ayuda, pero mi pulso está demasiado alto para alguien que no está jugando.

Nuestros aficionados están claramente en minoría, quizá unas tres mil personas, según nos ha dicho Hades, aunque muy ruidosas a juzgar por sus cánticos en la grada.

El equipo titular sale al terreno de juego y Zoe me dedica una rápida mirada que lo dice todo. No está acostumbrada a sentarse en el banquillo. En toda su carrera deportiva, siempre ha sido titular indiscutible y se siente incómoda llevando ese peto amarillo sobre la camiseta de juego.

El partido empieza.

El primer tiempo es una auténtica guerra de trincheras.

Portland domina la posesión; sesenta por ciento según nos informan las estadísticas oficiales, aunque no consigue penetrar nuestra defensa. Lucía y Jamie forman un muro que parece impenetrable. En el centro del campo, Jade corre como si tuviese

tres pulmones, organiza el juego, cubre espacios que facilitan la labor de la defensa, intercepta pases del equipo rival. No le ha puesto nada fácil a Zoe su regreso a la titularidad.

Hades se desespera en la banda. Grita, hace gestos sin parar. No estamos creando ocasiones de gol, cada uno de nuestros contraataques muere antes de volverse peligroso. Iris está sola arriba, aislada, frustrándose con cada balón que no le llega a sus botas.

0-0 al descanso.

Hades reúne al equipo en el vestuario. Desde mi posición junto a la puerta, puedo ver a Zoe sentada en un banco, escuchando atentamente las indicaciones. O más bien la bronca que le está cayendo a todo el equipo.

—¡Necesito más profundidad! —chilla—. Más riesgo. Iris, vas a recibir más balones en el segundo tiempo, aunque tenga que lanzártelos yo misma.

Iris asiente como si eso fuese posible.

—Zoe, calienta, que entras —anuncia en cuanto cruzamos el túnel de vestuarios hacia el terreno de juego.

En el minuto cincuenta y cinco, el equipo de Portland rompe nuestra línea defensiva por primera vez. Su delantera recibe el balón en el borde del área, se gira, dispara. La bola se curva, bota raro sobre el césped, pasa rozando los dedos de nuestra portera y golpea el poste interior.

Y entra.

1-0.

El estadio explota en aplausos y cánticos y mi pulso se dispara.

—¡Zoe, dentro! —ordena Hades.

La entrenadora grita algunos ajustes desde la banda. El equipo se reorganiza. Pero Portland huele sangre ahora. Presionan más arriba, más agresivas, buscando el segundo gol que acabe con el partido.

Jade Herrera la mira desde el centro del campo y niega con la cabeza, dejando escapar un largo soplido al pensar que se va al banquillo al entrar Zoe. Sin embargo, Hades quita a una de las defensas.

—Zoe juega como pivote, organizando desde atrás —le explica Hades cuando se acerca—. Jade, tú jugarás de media punta, quiero que corras como si te fuese la vida en ello.

En el minuto sesenta y ocho, pitan córner a nuestro favor.

Zoe se prepara para lanzar. El resto del equipo se posiciona en el área con los empujones típicos de este tipo de jugadas.

Golpea el balón con el interior de la bota, con una trayectoria perfecta: una parábola envenenada que cae justo en el punto donde la portera duda entre salir a por él o dejar la labor a las defensas. Un caos de cuerpos saltando, empujando. La defensa lo despeja pero el balón cae justo a los pies de Jamie en el borde del área.

No se lo piensa, no intenta crear una jugada ordenada, lo devuelve en dirección a la portería.

Y ahí está Iris.

Aparece de la nada, se desmarca con un movimiento que desafía la física. Salta. Cabezazo y la pelota acaba en la escuadra izquierda sin que la portera pueda hacer nada por evitarlo.

Gol.

Nuestros aficionados estallan de alegría. Tres mil personas que gritan como si fuesen treinta mil. Iris corre hacia ellos, se quita la camiseta y la hace girar sobre su cabeza.

Tarjeta amarilla.

Hades se lleva las manos a la cabeza y mira hacia el cielo.

Todavía quedan veinte minutos.

—Esa chica está medio loca —dice Sara a mi lado.

—Completamente, pero nadie tiene más gol que ella.

Zoe no es la misma jugadora que hace un año.

Ya no gana con tanta facilidad los balones divididos. Sus sprints son más cortos, más controlados, conservando energía.

Pero ahora juega más inteligente.

Organiza el mediocampo como si fuese suyo. Señala posiciones a sus compañeras. Anticipa jugadas antes de que ocurran. No corre hacia el balón; se mueve hacia donde el balón va a estar.

Impone un ritmo de juego más lento, pero más letal.

Minuto ochenta y cinco.

Zoe recupera un balón en el centro del terreno de juego. Nada espectacular, simplemente corta un pase mal ejecutado de las rivales. Levanta la cabeza.

Veo lo que ella ve: Jade desmarcándose hacia la derecha, arrastrando a una defensora. Iris corriendo hacia el área. El pase es casi imposible; un balón largo, cuarenta metros en el aire, buscando el hueco entre la central y la lateral. Iris no tiene que romper el ritmo: el balón cae exactamente en su carrera. No hay fuera de juego.

Lo controla con el pecho. Un toque. Se abre hacia su pierna buena.

Dispara.

La bola vuela rasante en busca de la esquina inferior.

La portera se lanza.

Demasiado tarde.

Gol.

1-2.

Nuestros aficionados explotan de nuevo, Iris corre hacia ellos para celebrarlo.

—¡Ni se te ocurra quitarte la camiseta, Vance! Te juro que te traspaso a otro equipo —chilla Hades desde el banquillo.

Por suerte, dos de nuestras jugadoras la interceptan antes de llegar y la abrazan. Pronto, el equipo entero celebra con ella delante de los aficionados.

Aunque lo que me deja de piedra, no es esa celebración. Es otra, más tranquila, una que pasa casi desapercibida, que no captarán las cámaras de televisión.

Jade Herrera corre hacia Zoe. No hacia Iris. Directamente hacia Zoe.

La abraza, aunque no hay tiempo para mucho más, porque Iris llega corriendo, salta sobre ella y la tira al suelo, gritando algo que no consigo identificar, pero que estoy casi segura de que no debería decir en presencia de Wesley.

El resto del equipo se amontona encima. Un caos de brazos y piernas y alegría.

Trato de contener las lágrimas, pero no lo consigo.

Los últimos cinco minutos se me hacen eternos.

Portland lanza todo el equipo hacia delante. Córners, faltas, tiros desesperados desde cualquier ángulo. Nuestra defensa aguanta. Lucía defiende como si su vida dependiese de ello. Jamie despeja balones que parecen imposibles.

Zoe retrocede a ayudar. No es su posición natural, pero no importa. Cierra espacios, intercepta pases, da instrucciones a gritos que se oyen desde el banquillo.

Cuatro minutos añadidos.

Tres.

Dos.

Uno.

Pitido final.

Victoria.

1-2.

Clasificadas para la final.

El equipo colapsa en el centro del estadio. Abrazos, gritos, lágrimas. Incluso Hades que rara vez muestra emociones se une a

ellas.

Zoe se separa del grupo. Me busca con la mirada y sonríe.

***

El vestuario es un caos.

Champán que nadie sabe de dónde sacó Iris, aunque nadie pregunta. Música a todo volumen. Jugadoras que cantan canciones que probablemente alguien del equipo inventó hace muchos años.

El ruido baja un poco cuando entra Hades.

—Buen partido —dice a modo de felicitación.

Dos palabras. Para ella es prácticamente un discurso.

—Ahora a descansar. Tenemos una semana para preparar la final.

Hace una pausa. Mira a Iris, que tiene todavía la botella de champán en la mano.

Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza, pero no dice nada.

—A las duchas. Os quiero a todas en el autobús en una hora. Sobrias —agrega, desviando la mirada hacia Iris.

CAPÍTULO 19

Zoe

La final de los playoffs en nuestro estadio es una auténtica locura. Este año la liga eligió Seattle como sede de la final y por primera vez, jugamos el partido más importante en casa.

Nuestra gente nos espera. Pancartas verdes ondean en cada sección de las gradas, bufandas alzadas, cánticos que hacen vibrar el suelo bajo nuestros tacos.

Camino hacia el centro del campo con el corazón latiendo tan fuerte que puedo sentirlo en las sienes, en las muñecas, en cada centímetro de mi piel.

Titular.

Hades me lo dijo ayer después del entrenamiento. Sin dramatismo, sin discurso. Como ella suele hacer. "Titular mañana. Demuéstrame que tengo razón". Y luego se fue.

A mi izquierda, Jade hace rotaciones de cadera. Repetiremos el mismo esquema de la segunda parte en Portland. Lleva toda la semana sin mirarme a los ojos más tiempo del necesario. No le gusta la posición de media punta, aunque hay que reconocer que jugó de manera espectacular. No es hostilidad, pero noto que está resentida. Ha jugado toda la temporada en mi puesto y las dos

sabemos que después de hoy, una de nosotras podría no seguir en el club.

A mi derecha, Lucía murmura algo que podría ser una oración o una maldición. Probablemente sea ambas cosas.

Iris está delante de nosotras, saltando de un pie a otro como si acumulase demasiada energía para un solo cuerpo. La coleta le baila en la espalda.

—Vamos a ganar esta mierda —grita.

Hoy Tessa se ha quedado en las gradas con Wesley. Le hemos vestido con una equipación del club a su medida, hasta hemos traído unos cascos que atenúan el ruido, aunque seguramente él estará mucho más interesado en comerse el nuevo oso de peluche que Iris le regaló la semana pasada.

Los primeros veinte minutos son un infierno. Son el equipo revelación de la temporada, con una delantera que ha marcado veinte goles este año, empatada con Iris en la clasificación de máximas goleadoras de la liga. Y salen a por nosotras como si quisieran acabar el partido antes del descanso. Presión alta, agresiva, asfixiante. Cada vez que tocamos el balón hay dos camisetas azules encima.

Intento conectar con Jade en el centro del campo, pero no hay espacio. Cada pase es una batalla. Cada control, un riesgo.

Minuto doce. Su extremo derecha se escapa de Jamie por velocidad, centra raso al área y su delantera se cuela entre Lucía y nuestra central.

Chuta con fuerza. Nuestra portera se estira. Los dedos rozan el balón.

Pero no es suficiente.

Las gradas se quedan en silencio.

0-1.

Su delantera corre hacia la esquina, se desliza de rodillas por el césped, besa el escudo. Sus compañeras la sepultan en una larga celebración.

—Hay tiempo de sobra —le recuerdo al equipo, haciendo un gesto con las manos para que mantengan la calma.

El resto del primer tiempo es pura supervivencia.

Hades grita instrucciones desde la banda. Nos replegamos, cerramos espacios, intentamos que no nos hagan más daño. Ellas dominan la posesión, pero no consiguen crear más ocasiones claras.

Tampoco nosotras.

Iris gesticula hacia el banquillo, hacia nosotras, hacia el cielo. Pero no hay manera de conectar con ella cuando tenemos a todo el equipo contrario presionando.

Minuto cuarenta y uno. Recupero un balón en el centro del campo. Levanto la cabeza. Veo a Jade desmarcándose hacia la derecha.

El pase sale limpio. Treinta metros. Jade lo controla con el pecho, se gira, busca a Iris.

Pero Iris está marcada por dos defensoras. No hay hueco.

Jade duda. Un segundo. Dos.

Pierde el balón.

Contraataque del equipo rival que Lucía despeja a córner de cabeza.

No llega a nada y nos vamos al descanso con 0-1.

***

En el vestuario, Hades no grita.

Es peor.

Se queda de pie frente a nosotras, con los brazos cruzados, mirándonos una a una, como si pudiese leer cada pensamiento, cada duda, cada miedo.

—Cuarenta y cinco minutos —dice al fin—. Cuarenta y cinco minutos para todo lo que habéis trabajado este año. Para demostrar que merecéis estar aquí.

Silencio.

—Méndez. Herrera.

Jade y yo levantamos la cabeza.

—No estáis conectando. Estáis jugando una al lado de la otra, no juntas, no en equipo —hace una pausa demasiado larga—. Arregladlo.

No dice cómo. No da instrucciones específicas. Solo nos mira con esa expresión que significa "sois profesionales, sé que hay rivalidad entre vosotras, pero resolved vuestros problemas".

Jade y yo intercambiamos una mirada.

—Más triangulaciones —le digo en voz baja—. Paredes cortas. No intentar el pase largo si no está claro.

—Y presión conjunta cuando perdamos la bola —añade Jade —. Las dos a la vez. No una esperando a la otra.

Asiento.

***

El segundo tiempo comienza diferente.

Busco a Jade, ella me busca a mí. Paredes con toques rápidos, movimientos coordinados que confunden a su mediocampo. Por primera vez en el partido, empezamos a tener la posesión del balón.

En el minuto cincuenta y tres. Recupero una bola en el centro. Paso a Jade. Ella me la devuelve al primer toque. Avanzo tres metros. Se la paso otra vez. Ella encuentra a Jamie subiendo por la banda.

Centra al área.

Iris salta entre dos defensoras. Cabezazo.

La portera despeja con los puños. El balón cae a los pies de Jade que chuta desde fuera del área.

Desviado. Por centímetros.

El estadio deja escapar un rugido que es frustración y esperanza a partes iguales.

En el minuto setenta y siete nuestras rivales empiezan a encerrarse atrás, defienden su ventaja. Forman un muro azul entre nosotras y la portería.

Jade recibe en el centro del terreno de juego. Busca opciones. No hay ninguna clara.

Me muevo hacia el espacio, arrastrando conmigo a una de las jugadoras rivales y se abre un hueco.

—¡Jade!

El balón llega perfecto. Lo controlo con el interior. Una defensora se acerca. La supero con un regate rápido, como si no hubiese dejado de jugar toda una temporada.

Me planto al borde del área, los pulmones quemando, no hay ángulo de tiro.

Pero veo a Iris.

El pase tiene que ser perfecto. Demasiado fuerte y sale por línea de fondo. Demasiado flojo y lo interceptan.

Golpeo con el interior, raso, rápido, entre las piernas de una defensora.

Iris aparece.

Un toque.

Un solo toque.

Y el balón se estrella contra la red.

El estadio explota.

Iris corre hacia mí y me levanta del suelo en un abrazo que casi me rompe las costillas.

—¡Como en los viejos tiempos! —grita contra mi oído—. Joder, no estás tan oxidada después de todo.

1-1.

Trece minutos para ganar un campeonato o nos vamos a la prórroga.

El partido se convierte en una guerra.

Ellas reaccionan, presionan de nuevo, buscan un gol que les devuelva la ventaja. En el minuto noventa y cinco disparan desde fuera del área y nuestra portera despeja a córner. Un minuto más tarde, un cabezazo se estrella en el poste.

Contraatacamos cuando podemos. Cada vez menos. Cada vez más cansadas.

En el descuento, mis piernas pesan como plomo. Empiezo a sentir los primeros calambres. A Jade se le sube un gemelo. Incluso Lucía que es como un tanque, comienza a bajar el ritmo.

Salto a por un balón, mi cabeza choca contra la de una jugadora contraria. Caigo al suelo. Veo estrellas, pero no hay tiempo para detenerse.

Pitido final.

1-1.

Prórroga.

***

Los treinta minutos extra son una tortura.

Mis piernas ya no responden como deberían. Cada sprint es un acto de voluntad pura. Jade está más o menos igual. Lucía cojea ligeramente desde el minuto cien, pero se niega a salir.

Ellas también están agotadas. Les falta la concentración, les pesan las piernas. El partido se convierte en un intercambio de errores, de balones perdidos, de ocasiones a medias que ningún equipo tiene fuerzas para rematar.

Segunda parte de la prórroga. Su delantera se escapa. Nuestra portera sale. Chocan. Caen al suelo. El balón rueda hacia la línea de gol, lento pero inexorable.

Jamie llega por los pelos y lo despeja.

En la siguiente jugada, Iris recibe sola frente a la portera. Dispara.

Pega en el poste.

—¡Puto poste, joder! —grita mientras se deja caer de rodillas, las manos en la cabeza y todo el estadio grita un largo "uy".

Dos minutos más y penaltis.

Nadie quiere ir a penaltis. Son una lotería.

En el último minuto pitan córner a nuestro favor.

Lucía coge el balón. Lo coloca en el cuadrante. Sus manos tiemblan ligeramente, pero su cara es pura concentración.

Levanta el brazo. La señal.

El estadio contiene la respiración. Puedo escuchar el latido de mi propio corazón retumbando en mis oídos.

El balón sale con rosca, se curva hacia el primer palo. La portera despeja, pero no lo atrapa. El balón se eleva y cae hacia el borde del área.

Hacia mí.

Lo bajo con el pecho. Una defensora se abalanza. La esquivo por puro instinto.

Levanto la cabeza y la veo.

Jade se desmarca hacia el segundo palo. Hay un hueco. Pequeño. Cerrándose.

El balón sale sin pensar.

Jade no para el balón. No lo controla. No tiene tiempo.

Salta y le pega de volea, el empeine impacta con la pelota en el aire, que sale disparada mientras ella la mira desde el suelo.

El tiempo no se ralentiza. Juro que se detiene, porque cada milisegundo se graba en mi memoria con una claridad absoluta.

La bola pasa rozando los guantes de la portera.

Golpea la red.

Gol.

Y el mundo explota.

Jade se queda de rodillas en el césped, las manos en la cara, llorando de alegría. Iris corre hacia ella gritando algo incoherente. El resto del equipo se acerca.

—Buen pase —puedo leer en sus labios.

—Buen gol —le respondo.

Pitido final.

Final del partido.

Campeonas.

No sé quién grita primero.

Quizá yo. Quizá Iris. Quizá las veinticinco mil personas que llenan el estadio al unísono.

Corro hacia las gradas. Sección 112. Fila 8.

Ahí está ella.

De pie, secándose las lágrimas, con Wesley en sus brazos.

Un guarda de seguridad me dice algo, pero no lo escucho. Solo corro.

Subo las escaleras de dos en dos, escuchando felicitaciones de los aficionados.

Cojo su cara entre mis manos y la beso.

Wes estira las manos, reclamando atención y ambas besamos su cabeza al mismo tiempo.

—Campeonas —suspiro mientras Tess me limpia las lágrimas con el pulgar.

—Campeonas —repite, besando mi frente.

Wesley protesta entre nosotras, golpea mi hombro con su juguete. Me río. Lloro. Las dos cosas al mismo tiempo.

Lo cojo en brazos. Lo abrazo contra mi pecho y él me aprieta la nariz con sus dedos pegajosos. El público grita. En el césped veo a mi equipo celebrando.

Y todo es perfecto.

Absolutamente perfecto.

CAPÍTULO 20

Tessa

Es increíble cómo el tiempo vuela.

Parece que fue ayer cuando el equipo ganó la liga y, en cambio, han pasado ya varios meses.

Me quedo tumbada mirando al techo en mi lado de la cama. Porque tengo un lado ahora. Ya definitivo. Hoy no quiero levantarme, tengo pánico a lo que puede ocurrir.

Pero Wes tiene otros planes y balbucea algo a través del monitor.

—Ya voy yo —murmuro, aunque Zoe no ha hecho ademán de levantarse. Tampoco ella quiere salir de la cama esta mañana.

—¡Teh! —chilla, sentándose en la cuna y estirando los brazos para que le coja en cuello.

Y ese es mi único momento positivo del día, porque a las diez estamos en los juzgados para la revisión del caso de custodia.

El mismo edificio beige. Los mismos pasillos por los que caminé hace seis meses con las manos sudando y el corazón en la garganta.

Incluso la misma expresión neutra de la jueza cuando entramos en la sala.

Nate ya está en la otra mesa con Harrington, su abogado. Traje gris. Corbata azul. Expresión de quien hará todo lo posible para mejorar las condiciones que consiguió hace seis meses.

—Nos encontramos aquí para la revisión de custodia programada en el caso Méndez contra Henderson. He revisado toda la documentación presentada por ambas partes —anuncia la jueza.

Hace una larga pausa y, a continuación, desvía la mirada hacia Yvonne.

—Señora Park, ¿algo que añadir?

Yvonne se pone de pie.

—Señoría, presentamos documentación exhaustiva que demuestra que Wesley ha prosperado en los últimos seis meses bajo el cuidado de la señorita Méndez. Informes pediátricos que muestran un desarrollo por encima de la media. Evaluaciones que destacan su sociabilidad y bienestar emocional. Evidencia de un hogar estable con dos figuras parentales siempre presentes y una red de apoyo muy extensa.

La jueza asiente y se gira hacia el abogado de Nate.

—¿Señor Harrington?

—Señoría, mi cliente mantiene sus preocupaciones sobre el ambiente en el que se cría su hijo.

—¿Qué preocupaciones son esas?

Silencio.

—Señor Harrington, le acabo de hacer una pregunta.

—Mi cliente... —Harrington mira hacia Nate, pero esta vez no parece tan confiado como hace seis meses—. Mi cliente cree que la

exposición pública y el escrutinio mediático al que podría estar sometido teniendo en cuenta la ocupación de su madre, no son beneficiosos para un niño tan pequeño.

La jueza se quita las gafas. Muy despacio, y mira ahora a Nate.

—Señor Henderson.

Nate endereza la espalda.

—He revisado sus comunicaciones con este tribunal durante los últimos seis meses —continúa, sin apartar la mirada de él—. Tres solicitudes de modificación de custodia. Ninguna con mérito legal. Ninguna con evidencia de negligencia o peligro para el menor.

Nate abre la boca para responder, pero la jueza levanta una mano, haciéndole callar.

—No he terminado ni le he dado la palabra —dice con voz fría y autoritaria—. Se ha presentado una queja anónima a la liga sobre un supuesto conflicto de intereses que fue desestimada tras una breve investigación. Dos intentos de usar la cobertura mediática como evidencia de mal juicio parental. Un intento de cuestionar la estabilidad del hogar basándose únicamente en la orientación sexual de las figuras parentales y de parte de su entorno de trabajo.

El silencio en la sala es absoluto.

—Su abogado ha argumentado que le preocupa la exposición mediática del menor, ¿no es cierto? —inquiere la jueza, alzando las cejas mientras abre una carpeta marrón que tiene delante—. Curiosamente, esta corte ha recibido abundante documentación que muestra un panorama muy diferente.

Al escuchar esas palabras Nate se pone rígido. Harrington se inclina hacia él, susurrando algo.

—Durante los fines de semana en que el menor ha estado bajo su custodia, su pareja actual, la señorita... —hace una larga pausa y consulta sus notas— Brittany Lawson, ha publicado en sus redes sociales un total de cuarenta y siete fotografías y vídeos del menor. Eso tan solo en los últimos seis meses.

Miro a Zoe. Está inmóvil, pero puedo ver cómo aprieta las manos sobre la mesa.

—Cuarenta y siete publicaciones —repite la jueza—. En contraste, la señorita Méndez ha publicado exactamente tres fotografías de su hijo en el mismo período, todas ellas en contextos familiares privados.

Harrington carraspea.

—Señoría, la libertad de expresión...

—No me interrumpa, letrado —ordena la jueza sin ni siquiera mirarlo—. Lo que me preocupa no es solo la cantidad, sino el contenido.

Se pone muy seria mientras saca varias hojas de la carpeta con fotografías impresas.

—El catorce de octubre, el menor aparece en una embarcación de recreo en mar abierto. Sin chaleco salvavidas. Tiene once meses en esa fotografía. La descripción dice, y cito textualmente: "Primer día de navegación del pequeño Wes. ¡Le encanta el océano!". El menor está llorando en la imagen.

El estómago se me revuelve al escuchar sus palabras y no quiero ni pensar lo que estará pasando por la cabeza de Zoe.

—El tres de noviembre —continúa la jueza—, el menor aparece en un recinto de animales salvajes, específicamente junto a la valla de un área de grandes felinos. Se trata de una colaboración pagada con dicho establecimiento. El menor tiene menos de un año en esa fotografía.

Zoe se lleva una mano a la boca.

—El veintiuno de diciembre, el menor aparece sentado en el capó de un vehículo en movimiento junto a la novia del señor Henderson. El vehículo está circulando por una carretera privada según la descripción, supongo que despacio, pero el riesgo es evidente. La publicación tiene más de cinco millones de visualizaciones.

La jueza cierra la carpeta con un golpe seco.

—Podría seguir, pero no cansaré a la sala. Señor Henderson, usted ha acudido a este tribunal alegando preocupación por la exposición mediática de su hijo. Sin embargo, la evidencia demuestra que es precisamente bajo su custodia cuando el menor ha sido expuesto de una manera sistemática, irresponsable, y en ocasiones peligrosa, y todo ello con fines comerciales.

Nate se queda blanco. Completamente blanco.

—Señoría —su abogado se pone de pie—, mi cliente no tenía conocimiento de...

—Su cliente tiene la obligación legal de supervisar el bienestar del menor durante su tiempo de custodia. La ignorancia no le exime

de sus obligaciones y dice muy poco del interés real por su hijo —insiste la jueza, que ahora se gira hacia Nate—. ¿Sabía usted que su pareja estaba publicando estas imágenes?

Silencio.

—Señor Henderson. Le he hecho una pregunta.

—Yo... algunas. Sabía de algunas de ellas, no todas y...

—¿Y no consideró que fotografiar a un niño de once meses en un barco sin chaleco salvavidas era inapropiado? Porque usted también estaba en ese barco.

Nate no responde.

—Señor Henderson, la función de este tribunal es proteger el bienestar de los menores. No existimos para ser utilizados como un arma en disputas personales, y ciertamente no podemos ignorar una serie de negligencias flagrantes mientras se acusa a otros de lo mismo.

La jueza se quita las gafas, dejándolas lentamente sobre la mesa.

—He revisado exhaustivamente este caso dada su repercusión mediática. La señorita Méndez ha demostrado, consistente y repetidamente, ser una madre dedicada, capaz y protectora. Ha proporcionado un hogar estable al niño, una red de apoyo sólida, y ha priorizado siempre el bienestar de su hijo por encima de cualquier otra consideración.

Hace una pausa muy larga, como si quisiera que las palabras calen en la cabeza de Nate.

—Usted, señor Henderson, ha demostrado exactamente todo lo contrario —agrega, señalándole con el dedo índice—. Por lo tanto, este tribunal revoca los derechos de custodia compartida del señor Nathan Henderson con efecto inmediato —concluye, haciendo que Nate se levante de golpe de su asiento.

—¡No puede hacer eso!

—¡Siéntese, señor Henderson! Otra interrupción por su parte y le expulsaré de la sala. Puedo y lo estoy haciendo. El artículo 26.09 del código de familia del estado de Washington me otorga autoridad para modificar acuerdos de custodia cuando existe evidencia de negligencia o peligro para el menor. Y en este caso la hay, además de una clara intención de utilizar al niño para obtener ganancias comerciales.

Harrington tira del brazo de Nate, obligándolo a sentarse.

—La custodia física y legal completa se otorga a la señorita Zoe Méndez —concluye.

—Esto es ridículo —masculla entre dientes Nate—. Son solo fotos.

—Señor Henderson —gruñe la jueza mientras lo mira directamente—. Una palabra más y le acusaré de desacato. ¿Me ha entendido?

Nate cierra la boca y aprieta los puños.

—Además, este tribunal impone una sanción de cinco mil dólares por abuso procesal, dado el patrón de demandas frívolas y sin fundamento presentadas en los últimos seis meses. Si vuelve a presentar una moción sin mérito sustancial, la sanción será

considerablemente mayor. El sistema de justicia no existe para que se le haga perder el tiempo en disputas sin ningún fundamento legal.

El abogado de Nate niega lentamente con la cabeza. No creo que vuelva a aceptar un caso de su cliente.

—Señorita Méndez.

—Sí, señoría —responde Zoe, levantando la cabeza y temblando ligeramente por la emoción.

—Cuide de su hijo. Esta corte confía en que seguirá haciéndolo con la misma dedicación que ha demostrado hasta ahora.

—Lo haré, señoría. Gracias —le asegura, aunque baja la voz hasta convertirla casi en un susurro.

EPÍLOGO

Zoe

Febrero del siguiente año.

El calor de Florida es brutal; treinta y dos grados a las nueve de la mañana, pero ya no me sorprende. Este es el quinto año que venimos aquí para hacer la pretemporada. Para Tessa y Wesley es el segundo. Supongo que ya se ha vuelto algo familiar.

Wes corre por el césped, persiguiendo a cualquier jugadora que quiera dejarse atrapar. Como dice Tess, tiene demasiada energía. Se nos escapa. Grita. No para de hablar, aunque nadie entiende la mitad de lo que dice.

De todas las chicas del equipo, su favorita sigue siendo Iris, aprendió a decir su nombre, o algo parecido, justo después de "mamá" y "Teh", pero es una información que nos guardamos para nosotras. Se pondría totalmente insoportable si un día se entera.

Iris sigue siendo Iris. Cuatro avisos de Hades en la primera semana de pretemporada. Su récord personal, pero también veintiún goles la pasada liga. Así que la entrenadora la tolera. A regañadientes, pero la tolera.

Algunas cosas no cambian.

Otras sí.

Tras ganar la final, Hades decidió que este año yo jugaría con Jade en el centro del campo, aunque ella un poco más adelantada. He renovado por tres años, así que más vale que pueda adaptarme. Dice que necesita dos centrocampistas. Una para gritar y la otra para organizar el juego, aunque no especificó quién de nosotras era cada una.

Jade me hace mejorar cada día para mantenerle el ritmo. No soy la jugadora que era antes de dar a luz. Soy diferente. Quizás mejor.

Tampoco soy la mujer que era. Definitivamente soy mucho mejor ahora.

***

Tras la cena, justo antes de acostar a Wes, Iris llama a la puerta.

—¡Eh, familia feliz! —saluda, cogiendo al niño en brazos y besándole el pelo—. Me largo. Si la entrenadora pregunta, estuve con vosotras hasta las doce.

—Mañana hay doble entrenamiento —le recuerdo, alzando las cejas.

—Lo sé. Dame pases al pie, no me hagas correr, no creo que esté en condiciones de ser muy rápida.

—Hades te va a matar si se entera.

Iris sonríe.

—Probablemente —admite, guiñando un ojo con picardía.

Se va. La coleta balanceándose de lado a lado como siempre que lleva prisa.

—Algún día encontrará a alguien que le haga sentar la cabeza —murmura Tessa a mi lado.

—¿Iris? Imposible —resoplo, poniendo los ojos en blanco—. Esa persona no existe.

Tessa se ríe muy bajito y apaga la luz del salón de la mini suite.

Acostamos a Wes juntas, como cada noche. Nos colocamos una a cada lado y el niño agarra mi mano con una de las suyas, la de Tessa con la otra, negándose a soltarnos hasta que el sueño le vence.

Nos quedamos de pie junto a la cuna, mirándole dormir.

—¿Te acuerdas de hace un año en este mismo lugar? —me pregunta de pronto, entre susurros para no despertar a nuestro hijo.

—Estaba aterrorizada —confieso, mordiendo mi labio inferior al recordarlo—. Pensé que lo perdería todo de golpe.

—¿Y ahora?

—Ahora lo tengo todo y mucho más —reconozco—. He recuperado mi puesto, mi estado de forma, ya no tengo miedo de que Nate me quite al niño y estoy junto a la mujer de la que siempre he estado enamorada.

Durante años me pregunté quién era sin el fútbol, sin los títulos y sin los aplausos.

Ahora lo sé: soy la mujer por la que Tessa dejó de huir.

Fueron siete años perdidos y ahora tenemos toda una vida por delante.

Porque al final, el amor no se mide por el tiempo que tardas en encontrarlo, sino por lo que ocurre cuando lo encuentras.